



MAS ALLA DE LA INOCENCIA

Albert Rosbund



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE: SERIE AZUL:**

456 - La marca imborrable.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

394 - Preferiblemente muertos.

En Colección **PUNTO ROJO:**

912 - Un tipo peligroso.

Un Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.516 - No piropees a la muerte.

ALBERT ROSBUND

MÁS ALLÁ DE LA INOCENCIA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 914
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 28.362 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1979

© Albert Rosbund - 1979

texto

© Rafael Cortiella - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Dicen que el día catorce de febrero es el Día de los Enamorados. Yo no tenía novia, ni siquiera estaba enamorado de chica alguna, pero aquella mañana me la pasé declarándole mí «amor» a una rubia opulenta, muy atractiva y sofisticada..., ante el Gran Jurado. Gracias a mí la chica se llevó una succulenta condena por prácticas abortivas y mi cliente, padre de una de las víctimas, quedó la mar de satisfecho, demostrándomelo con un cheque por valor de mil dólares.

Decidí que eso bien valía un almuerzo por lo grande, pero antes, fiel a mi trabajo, opté por pasar por mi oficina, echarle un vistazo a la correspondencia del día y comprobar si había alguna llamada en el automático.

La correspondencia se limitaba a dos cartas, una de un colega de Chicago que me daba las gracias por la investigación que había realizado por él acerca de un fulano que había estado trabajando aquí, en Nueva York, más concretamente en Brooklyn, y otra del Banco dándome cuenta del pago del recibo de la luz.

En el teléfono encontré una nueva posibilidad de trabajo. No podía quejarme. Acababa uno y ya tenía en vistas otro. Un tal Frank Parker me rogaba me reuniera con él, a ser posible, de doce y media a una y media, durante la hora del almuerzo, en el Ditmas, un restaurante sito en la avenida del mismo nombre. Debía preguntar por él, era cliente habitual y le conocían.

Esto fue lo que me obligó a posponer mi almuerzo por todo lo alto. El trabajo es sagrado para mí. Tomé mi auto, un «Pontiac» de hace algunos años pero que aún tira, y me dirigí a la Ditmas Avenue.

El tráfico era abundante, pesado, lento, en aquellas horas del mediodía en Brooklyn. Era un día grisáceo y frío, con espesos nubarrones que amenazaban lluvia. Todo el mundo iba bien

abrigado por las calles. Yo llevaba conectada la calefacción del coche.

La Ditmas Avenue se encuentra más o menos en el ecuador de Brooklyn, en su centro. No me fue difícil localizar el restaurante de marras porque unos llamativos rótulos lo anunciaban cerca del cruce con Ocean Avenue.

Perdí diez minutos largos en hallar aparcamiento. Luego, encendí un pitillo y eché a andar hacia el restaurante.

Un *maître* muy solícito se acercó a mí.

—¿Mesa, señor?

Escupí humo y palabras:

—Me espera el señor Parker. Frank Parker.

—Oh —exclamó, rogándome a continuación—: Venga conmigo, por favor.

Fui, sorteando mesas. El local era espacioso, muy bien decorado, con una suave música ambiental aderezada por el sonido de los cubiertos, el chocar de los vasos y algunas mandíbulas exageradas.

Llegamos ante una mesa para dos. Allí había un hombre de unos treinta y dos o treinta y tres años, de pelos castaños ensortijados, ojos oscuros y facciones angulosas. Vestía prendas de *sport*, e imaginaba que sólo con ellas no andaría por la calle; algún abrigo habría dejado en el guardarropa.

Le sorprendimos con un vaso mediado de cerveza en la mano, a punto de llevárselo a los labios.

—Señor Parker... —dijo el *maître*.

—¿Qué hay, Ritchie?

—Este señor le busca.

Entonces me miró con mayor detenimiento, dejando el vaso sobre la mesa.

—¿Jeff Loomis? —preguntó.

—El mismo —sonreí.

—Gracias por haber venido. Siéntese, por favor —me hizo una indicación.

El *maître* consideró oportuno, tras carraspear para llamar la atención, preguntarme si iba a tomar algo. Le dije que sí —estaba hambriento— y me entregó la carta. Se retiró prometiendo volver dentro de unos instantes.

Mientras le echaba una ojeada a los platos que ofrecía el Ditmas

Restaurant, el hombre que tenía frente a mí comenzó a decir:

—Actualmente estoy con mucho trabajo. Soy fotógrafo publicitario y trabajo no muy lejos de aquí. Sólo tengo una hora para tomar algo y en seguida he de volver a la faena. Estamos preparando el lanzamiento de unas nuevas medias...

Le miré por encima de la carta.

—¿Y bien?

—Quiero decirle que lamento haberle hecho venir por aquí, cuando lo más lógico es que yo hubiera acudido a su oficina. Pero la falta de tiempo...

—No se preocupe por eso.

—Me ha inducido a citarle a la hora del almuerzo. Por supuesto, yo le invito.

—Gracias.

El *máître* regresó y yo le encargué consomé, entremeses y pato a la naranja.

—¿Para beber, señor?

—Agua mineral.

Hizo una mueca y se alejó.

Frank Peter había despachado ya su trago de cerveza y se disponía a trocear el filete que tenía ante sí.

—Bien —exclamé, sacudiendo mi cigarrillo sobre el cenicero de cristal que había en la mesa—. Creo que ya podemos empezar a hablar de negocios.

Frank Peter me miró, masticando un trozo de ternera. Sus mandíbulas hicieron por fin un alto y sus labios se movieron ahora para decir:

—Quiero contratar sus servicios.

—Lo suponía —suspíré.

—Se trata de Melissa.

Enarqué una ceja.

—¿Quién es Melissa?

—Bueno, creo que mejor será que comience por el principio.

—Se lo agradecería infinito.

En aquel instante, un camarero vestido impecablemente de blanco me trajo el consomé. Humeaba, pero apetecía tomarlo así para entrar en calor.

—Hace nueve años contraí matrimonio con Melissa. Melissa

era, es, una modelo. Nos conocimos, como ya supondrá, gracias a nuestro trabajo. Ella modelo, yo fotógrafo.

—Sí —asentí, apagando la colilla.

—Al principio las cosas nos fueron bien, éramos felices, nos queríamos de verdad, tuvimos un niño... —Él seguía comiendo, yo sentía ya el consomé correr como una llama por mi esófago—. Bien, todo normal.

—¿Cuándo comienza lo anormal? —pregunté, intuyendo más o menos de qué iba a tratar el asunto. Problemas matrimoniales habíalos tenido a porrillo.

—Hará cosa de un año y medio. Según mi modo de ver las cosas, todo empezó por celos profesionales. Melissa es una buena modelo, pero nada más. No conseguía ni conseguirá nunca alcanzar su sueño dorado, ser la mujer que llame la atención de miles y miles de americanos. Yo, en cambio, seguí subiendo peldaños... Bueno, usted pensará que esto es una visión subjetiva del caso y está en su derecho. Lo cierto es que a partir de entonces comenzaron las discusiones, los malos modos... y nos fuimos distanciando. El ambiente que se creó en nuestro hogar era prácticamente irrespirable y, desgraciadamente, el más afectado por él era nuestro hijo Frankie, quien, a su corta edad, apenas entendía lo que sucedía.

—¿Divorcio? —aventuré, al tiempo que me traían los entremeses.

—Así fue como acabamos hace dos meses. Crueldad mental y todas esas cosas que siempre se alegan para zanjar el asunto. Frankie, el pequeño, quedó bajo la custodia de su madre.

—Humm —musité, escamado—. Ya lo tienen todo resuelto. ¿Dónde entro yo?

Frank Parker había terminado con el filete y ahora le acababan de servir un par de rodajas de pina como postre. Me miró fijamente.

—Ya le dije que se trataba de Melissa, mi exesposa. Quiero que la vigile.

—¿Está celoso? ¿Aún sigue enamorado de ella? ¿Por qué razón?

—Tengo la sospecha de que no es la persona adecuada para la educación de nuestro hijo. Considero que no es un modelo muy recomendable.

—No le entiendo —fruncí el entrecejo.

Primeramente despachó el postre y eso me dio tiempo también a

mí para terminar con los entremeses. Luego, se valió de la servilleta para limpiarse los labios.

—Anteayer, sábado, salí con mi hijo. Según lo establecido por el juez tengo derecho a verle los fines de semana y también a tenerle junto a mí tres semanas del año, una especie de vacaciones —me explicó con cierta amargura—. Fuimos a dar un paseo por Central Park y después entramos en un cine donde daban una película de Walt Disney. Los comentarios de Frankie me preocuparon.

—¿Qué le dijo?

—Bueno, insistió una y otra vez sobre si Melissa y yo íbamos de nuevo a juntar nuestras vidas. El no comprende muy bien lo que ha sucedido, fue por ello que me preguntó en un momento determinado si la culpa de que yo les hubiera dejado la tenían los hombres que salían con ella...

Hizo una breve pausa que aprovechó para encender un cigarrillo mentolado. Yo bebí un largo trago de agua mineral, mientras esperaba me trajeran el pato a la naranja.

—Un tanto mosqueado —prosiguió, exhalando la primera bocanada de humo—, interrogué hábilmente a mi hijo. Así supe que Melissa frecuenta la compañía de distintos hombres, no uno solo, y que eso tenía disgustado al pequeño.

—Bueno —dije—, ha de tener en cuenta que su exesposa es ahora libre. Puede hacer lo que quiera, salir con cuántos hombres le dé la gana. Si a usted le duele, aguántese.

Sonreí para aliviar un poco la dureza de mis palabras.

—No me ha comprendido, señor Loomis —meneó la cabeza de un lado a otro Frank Parker—. No me importa lo que haga Melissa, como sí quiere acostarse con cien hombres a la vez.

Parpadeé un tanto asombrado por la réplica.

—¿Entonces...?

—Si Melissa se ha convertido en una golfa, allá ella. Pero lo que no puedo consentir es que entonces siga al cuidado de nuestro hijo.

Una luz se hizo en mi cerebro.

—¿Pretende que...?

—Que investigue si eso es verdad —sacudió el cigarrillo no sobre el cenicero, sino sobre su plato de postre—. Si Melissa lleva realmente una vida que deja moralmente bastante que desear y usted me facilita las pruebas pertinentes, entonces podré llevar el

asunto delante de un juez y conseguir arrebatarle la custodia de nuestro hijo.

Llegó el pato a la naranja. Mis glándulas salivares se corrieron de gusto al verlo tan bien preparado.

—¿Ha comprendido, señor Loomis? —me preguntó el fotógrafo, estrujando el cigarrillo en el cenicero.

—Más o menos.

—Quiero que averigüe cuál es la vida privada de mi exesposa. Sé que puede considerar que soy un tipo repugnante, más teniendo en cuenta que yo siempre he defendido a capa y espada la vida privada de cualquier persona, considero que es sagrada..., pero en este caso me importa mucho, no por ella, sino por nuestro hijo.

—Lo entiendo perfectamente, señor Parker. Y no se preocupe por mis ascos. Estoy acostumbrado a asuntos similares, son los más abundantes.

—No puedo por otro lado negar que quiero mucho a mi hijo y que desearía enormemente que estuviera a mi lado, pero para ello tiene que haber una razón poderosa. Si usted la pudiera conseguir...

—Supongo que por su mente no habrá ido más lejos que saber la verdad —clavé mis ojos en él, escrutadoramente, tratando de adivinar que más podía haber detrás de aquella mirada un tanto angustiada, de hombre sentimental que echa de manos al hijo querido.

—¡Por supuesto, señor Loomis! —Casi dio un brinco, elevando la voz. Comensales vecinos giraron sus rostros, sin dejar de masticar, para observarnos. El *maître*, cercano a nosotros, nos dirigió una mirada recriminatoria.

—No se exalte, por favor —le rogué, todavía sin atacar el pato a la naranja—. Sólo quería dejar las cosas bien claras. En algunas ocasiones me hicieron proposiciones deshonestas. A veces confunden a un detective privado con un tipo amoral y sin escrúpulos, dispuesto a todo por un puñado de dólares. Por tanto, que quede totalmente claro que sólo me limitaré a investigar cuál es la vida privada de su exesposa, sin trampa de ninguna clase. Si su exesposa es una señora que no se come una rosca, yo me encogeré de hombros y usted perderá la custodia de su hijo... y un puñado de dólares.

—Completamente de acuerdo —dijo un par de cabezazos de

asentimiento—. Y hablando de dólares..., dígame cuáles son sus honorarios.

—Cincuenta dólares diarios más gastos, y una entrada de cien dólares.

—Muy bien —no discutió mis precios, echando mano de su cartera de piel—. Aquí tiene.

Depositó sobre la mesa un par de billetes. Al momento palmeó, llamando al *maître*.

Éste acudió y le pidió la cuenta.

—¿De los dos, señor?

—Sí, Ritchie.

El *maître* se alejó y yo dije:

—Todavía quedan algunas cosas por hablar.

—Sí, claro —consultó su reloj de pulsera—. Dese prisa, se me hace tarde.

—No me ha dicho el nombre completo de su exesposa, ni tampoco su dirección.

Lo hizo y yo tomé nota en mi agenda. Miré de reojo el pato a la naranja, con cierto fastidio.

—¿Tiene trabajo fijo? —pregunté.

—Sí.

—¿Sabe dónde?

—En la Constellation Agency. Es una agencia de modelos que se encuentra en Saratoga Avenue.

—También quisiera sus datos.

El *maître* ya había vuelto. Frank Parker le pagó y de paso sacó de su cartera una tarjeta de visita que me entregó. Allí figuraba su nombre, su profesión, su dirección y su teléfono. Guardé todo, dinero, tarjeta y agenda.

—Espero que realice el trabajo con la mayor discreción posible —dijo mi cliente cuando ya se levantaba del asiento.

—Eso entra dentro de mis normas. No ha de preocuparse, señor Parker.

El fotógrafo me alargó su diestra por encima de la mesa. Se la estreché sin ponerme en pie.

—Me gustaría que me tuviera al corriente día a día, si es posible.

—De acuerdo.

—Basta con que me telefonee. A partir de las diez de la noche

suelo estar en casa.

Por fin le vi alejarse camino de la salida. Respiré satisfecho, contemplando con ojos golosos el pato a la naranja. Y decidí atacarlo como una fiera hambrienta.

CAPÍTULO II

Hay asuntos aburridos y divertidos. Éste prometía ser de los primeros.

Melissa Simpson, antes Melissa Parker, esposa de Frank Parker, fotógrafo, resultó ser una mujer de excelente tipo, muy escultural y proporcionado. Poseía un cabello negro, largo, ligeramente ondulado, y su rostro no tenía ningún atractivo en especial, era más o menos bello, según el uso de los cosméticos. Quitándole imaginariamente éstos, le calculé que ya debía estar pisando los treinta años de edad.

Vivía en un edificio de apartamentos, ni modesto ni lujoso, tipo standard, situado en el mismo Brooklyn, en la East 94th Street, cerca del cruce con la Avenue M, en el barrio de Canarsie.

No parecía tener medio de transporte propio, y todas las mañanas tomaba el autobús para trasladarse al trabajo, en Saratoga Avenue, no sin antes dejar al niño en el colegio, dos manzanas más arriba de donde vivían. El crío tendría como mucho nueve años, era delgado, de pelo castaño, con mucho parecido a su padre.

Luego, mientras ella cumplía con su trabajo, uno podía aburrirse mortalmente. Leer revistas y periódicos, fumar cigarrillos, contar peatones..., eran algunas de las distracciones que mataban el tiempo.

Almorzaba en un *snack*-bar cercano, en compañía de algunos hombres y mujeres, sobre todo éstas últimas. Por el aspecto de unos y otras no era difícil suponer que se trataba de compañeros de trabajo. Y entre los hombres y ella, según pude observar, no parecía existir ningún lazo afectivo.

Terminaba su jornada laboral a primeras horas de la tarde e iba directamente a la escuela, a recoger a su hijo, el cual le esperaba jugando en el patio. Una vez los dos juntos, bien se iban a dar una vuelta, a hacer algunas compras, bien entraban en un

cinematógrafo, bien regresaban a casa. Normalmente sucedía esto último.

Por otro lado, madre e hijo parecían muy compenetrados, profesándose un gran cariño. Hasta el momento no les había visto un mal modo o gesto.

Yo siempre iba tras ella, unas veces comiendo palomitas de maíz, otras con un periódico en las manos. Era el perfecto estúpido. Así transcurrieron tres días monótonos, insulsos, que prefiero olvidar.

Mis conversaciones telefónicas con mi cliente se podían resumir del siguiente modo:

—Buenas noches, señor Parker.

—Ah, hola, señor Loomis. ¿Qué novedades me tiene?

—Ninguna.

—¿Na... nada?

—Su exesposa tiene un comportamiento la mar de normal. Ni mata una mosca, ni se come una rosca.

—Vaya...

—¿Quiere que continúe?

—Por supuesto. No creo que lo que me contara Frankie fuera inventado. Deseo saber qué hay de verdad en ello. Siga con el asunto, señor Loomis.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Otra mañana. Otro nuevo día. Otra rutina.

Bueno, eso creí en un principio, mientras bebía una lata de Coca-Cola, sentado incómodamente en mi coche, sin quitarle ojo al Castle Building, en una de cuyas plantas se encontraba la Constellation Agency. Todo transcurrió normalmente hasta llegada la tarde, poco después de recoger al niño y recluirse ambos en casa.

Vi entonces cómo un taxi se detenía frente al edificio de apartamentos y de él descendía una joven que frisaría los diecinueve años, trigueña, bastante delgada, ni fea ni guapa, con un bolso colgado de un hombro. Con un singular meneo de trasero se coló en el edificio.

La cosa, a primera vista, no tenía la mayor importancia. Pero resultó que el taxi permaneció en su sitio, como si esperara a alguien.

Y así era, en efecto. Al poco apareció Melissa Simpson y subió a él.

Inmediatamente me puse en acción, sin pensar mucho en aquel momento en qué relación podía existir entre una y otra. La persona que yo vigilaba se marchaba a algún lado y yo debía saber a dónde.

Fui tras el taxi.

No resultó nada difícil la persecución. Aparentemente nada parecía querer ocultarse y hasta un tonto hubiera sido capaz de realizar mi trabajo.

Bajamos hacia el sur, bordeando la Jamaica Bay, primero por Shore Parkway y más tarde, al cruzar Flatbush Avenue y el Marine Park, nos desviamos a la izquierda por Emmons Avenue, rumbo de Coney Island.

Alcanzamos finalmente un motel que daba a Gravesend Bay, un lugar tranquilo y solitario, muy propio para una cita clandestina. El sol se ocultaba en el horizonte con rojos de distintas tonalidades que le conferían al mar un extraño y a la vez atractivo cuadro.

En esta ocasión el taxi sí que se alejó, y Melissa Simpson se dirigió directamente hacia una de las cabañas, sin preocuparse de pasar por el edificio principal, de una sola planta, donde se hallaba recepción.

La vi introducirse en la cabaña número diez, sin llegar a saber si ya alguien dentro la esperaba. Supuse que sí puesto que pasó y pasó el tiempo y nadie apareció por allí. Transcurrieron tres horas largas, las sombras de la noche se abatieron inexorablemente sobre el lugar, todo quedó silencioso y oscuro durante unos instantes y luego, de pronto, se encendieron los rótulos de neón y la noche se llenó de chispeantes parpadeos de variados colores.

Primero llegó un taxi, no el de antes. Entonces se abrió la puerta de la cabaña, salió ella y subió al auto, que arrancó de inmediato, alejándose.

Yo no me moví. Encendí un cigarrillo con cierto nerviosismo. Tenía que haber alguien más, no podía ser que tuviera alquilada aquella cabaña para hacer solitarios sin que nadie la molestara. Alguien más...

No tardó ni veinte minutos. Yo acababa de arrojar la colilla por la ventanilla cuando la puerta de la cabaña volvió a abrirse. En esta ocasión apareció un hombre alto y corpulento, de unos cincuenta

años. Achiqué los ojos para fijarme mejor en él. Su rostro era duro como el granito, de un color casi cetrino, y sus ojos tan oscuros como la bahía de enfrente. Poseía unos andares resueltos, ágiles, rápidos. Vestía con distinción y elegancia.

Llegó hasta el edificio principal y se introdujo en él. Le imaginé abonando la cuenta. Poco después reapareció, encaminando sus pasos hacia el *parking*.

Tres minutos después yo iba detrás de un «Ford Mustang» color crema por la Neptune Avenue, y nos dirigimos hacia el norte. El hombre aquel conducía sin prisas y con moderación.

Cruzamos Brooklyn y, gracias al Manhattan Bridge, alcanzamos la isla.

El «Ford Mustang» terminó colándose en el garaje privado de un edificio de Lexington Avenue, a la altura del Midtown. No volví a ver al hombre. Por tanto, supuse que el garaje debía tener ascensor.

Como no había un maldito sitio donde aparcar el coche, lo dejé en doble fila. Encaminé mis pasos muy decididamente hacia el edificio. Allí, en el vestíbulo, ocupando un cómodo y confortable rincón, tras un mostrador de caoba, se encontraba un conserje muy trajeado.

—Hola, buenas noches —saludé.

—Usted dirá, señor.

—Estoy buscando al propietario de un «Ford Mustang» color crema, matrícula
RX-419

—dije con mal humor, dando cuenta de los datos que había anotado durante una parada provocada por un semáforo en rojo—. ¡Estuvo a punto de atropellarme hace un momento! ¡Y no me diga que no vive aquí! ¡Le vi introducirse en el garaje y por más que esperé, no salió!

—Oh, señor, vaya, cuánto lamento lo que le ha sucedido. Pero haga el favor de calmarse, ¿por qué armar un escándalo? Estoy seguro que el señor Lyndon no quiso atropellarlo. Tendría un pequeño despiste...

—El señor Lyndon, ¿eh? —rezongué.

—Él es el propietario de ese coche. Supongo que sería él. Chófer sólo lleva cuando utiliza el coche oficial...

Le di una somera descripción.

—Él era, sí, pero le aconsejo que no se busque problemas, señor. Total, nada le ha pasado.

—Sí, claro. Vamos dejándolo pasar, hasta que sucede. Ese hombre no debería tener carnet de conducir.

—De verdad le recomiendo que no se meta con él, señor. Tendría las de perder. No conseguiría nada.

—A ver, ¿por qué? —Me engallé—. ¿Qué clase de hombre es ése? ¿Un Onasis?

—Mire, señor. Yo le veo a usted una persona normal, como yo. Y a los mortales como nosotros, mientras no nos pisoteen gravemente, nos conviene aguantar y tragar. Se lo digo yo, que sé de qué va el asunto. Hágame caso, olvídense de este pequeño incidente y váyase a casa a descansar. Con esa gente usted no puede hacer nada y menos por una nimiedad así. ¿Se ha saltado un semáforo y ha estado a punto de atropellarle? Pues bueno —se encogió de hombros—. Como si quiere ir por la acera soltando escupitajos a diestro y siniestro.

—Pero ¿qué clase de tipo es? —exclamé, irritado—. ¡Dígamelo de una condenada vez!

El conserje miró a uno y otro lado, vio que no había nadie, y luego alargó su cuello de pavo hacia mí. Sus labios se movieron para susurrarme:

—Un alto cargo militar...

—¿Un militar? —Respingó la voz de Frank Parker, mi cliente, por el hilo del teléfono cuando más tarde le comuniqué las buenas nuevas, al llegar a mi casa.

—Eso es —asentí—. Un general del Strategic Air Command. Su exmujer pica por todo lo alto.

—¿Ese hombre es casado?

—Soltero. Con mucha pasta y mucho poder. Pienso que es un gran partido. No creo que su exmujer, si es medianamente ambiciosa, lo deje escapar.

—Ya —murmuró un tanto desilusionado.

—Como verá, eso no puede servirle de mucho. Su exesposa es libre de tener un hombre y no hace ningún mal si éste es soltero. No le veo muchas posibilidades a este asunto, al menos tal como usted esperaba.

—Siga adelante, señor Loomis —me ordenó, tozudo—. Por el

dinero no se preocupe. ¡Siga!

Y seguí.

Así fue como me aburrí mortalmente otro día más, encogido dentro de mi coche. Melissa Simpson retornó a casa con el niño y ya no volvió a salir.

Cuando me cansé, tomé el caminito de mi oficina, con el fin de echar un vistazo y limpiar el polvo. La correspondencia era nula, pero en el automático había dos llamadas grabadas. Una de la gestoría que me llevaba los seguros del coche recordándome que debía pasar cuanto antes para abonarlos, pues la fecha vencía próximamente. La otra correspondía a un tal señor Miller, Charles Miller, a quien no tenía el gusto de conocer, quien me rogaba me pasara cuanto antes por su casa —me facilitaba también la dirección—, a ser posible esa misma noche, ya que tenía un caso urgente para mí. Si lo aceptaba y actuaba con prontitud, me prometía una succulenta recompensa.

Mientras pensaba qué hacer, telefoneé a mi cliente y le dije lo que había.

—Nada.

—Todos los días no va a salir por ahí —trató de hallar una justificación—. Usted siga, señor Loomis. Cuando Frankie me lo comentó, por algo sería. Y quiero estar seguro de si es verdad. Porque como lo sea...

—Bien, bien, no se excite. Seguiré con el asunto. Por cierto, ayer no se lo comenté.

—¿Qué?

—¿Conoce usted a una joven de unos diecinueve años, trigueña, delgada...?

—No me suena. ¿Por qué?

—Tengo la impresión de que fue a su casa cuando su exesposa decidió salir.

—Ya. Por las señas que me ha dado no me extrañaría nada que se tratara de una de esas chicas que se encargan de cuidar niños. Nosotros, cuando teníamos que salir a algún lado sin el pequeño, recurriamos a ellas. Supongo que Melissa sigue con la misma costumbre.

—Ajá. Eso debe ser.

Colgué después de despedirme. Y para entonces ya había

tomado una decisión. No le iba a hacer ascos a la oferta del tal Charles Miller.

Vivía en la zona de Howard Beach, fuera del límite de Brooklyn, en Queens, a un tiro de piedra del John F. Kennedy International Airport.

Era una ancha y solitaria avenida, con escasa iluminación, flanqueada por una larga fila de chaletitos encalados. Había numerosos rótulos anunciando la venta o alquiler de aquellas propiedades. Supuse que debía encontrarme en una especie de nueva urbanización.

Con el tiempo y la publicidad, aquello cobraría mucha mayor vida. Ahora era un lugar incipiente, casi desolado, frío, y no sólo por la temperatura ambiental, que le llevaba a uno a moverse con precaución, no fuera a surgir de pronto alguna pandilla de jóvenes salteadores.

El tal Charles Miller debía haber sido de los primeros en picar. En casi ninguna casita vi luz y no creí que ya todo el mundo estuviera en la cama.

Por ejemplo, en la que correspondía al número 412, la del hombre que me había telefonado, sí había luz. Un par de ventanas protegidas por sendas cortinas filtraban al exterior una delatora claridad.

Aparqué el coche fácilmente, sin ningún inconveniente, ojalá mi calle fuera como aquélla. Bajé, me subí el cuello del gabán y caminé hacia la casita.

Llegué junto a la verja de entrada, pintada de verde, y pulsé el botón del timbre. Nadie salió ni ningún mecanismo interno me franqueó el paso. La noche no era en absoluto agradable, quedarse allí quieto como una estatua era hacer oposiciones a la congelación. Por tanto, un poco extrañado por no obtener respuesta, ya que sabía que alguien debía haber dentro, puesto que había visto luz, me decidí a intentar abrir la verja. Y mi sorpresa fue grande al observar que no estaba cerrada con llave. Sólo tuve que correr el pestillo.

Caminé por un senderito de baldosas, entre macizos de flores olorosas, hasta llegar a la puerta. Era una hoja de madera noble, de artesanía. El llamador se encontraba a la derecha, no muy alto.

Tal vez el de la verja de entrada no funcionara, pensé. Desde luego, éste iba. Mis oídos escucharon perfectamente el carillón.

Pasaron los minutos y comencé, no sólo a impacientarme, sino también a indignarme. ¿Qué clase de broma era ésta? ¿Para qué me había telefoneado el tal Charles Miller, rogando urgencia, si no pensaba estar en casa?

Pero había luz. Bueno, entonces... ¿por qué me había llamado si no pensaba abrirme?

¿O sucedía algo más?

Intenté con la puerta lo mismo que con la verja, pero en esta ocasión no obtuve ningún resultado. Estaba bien cerrada, la muy condenada.

No me lo pensé mucho. Di un pequeño rodeo y alcancé una de las ventanas que filtraba luz. Con los nudillos golpecé en el cristal varias veces.

Ninguna respuesta.

Repetí.

Nada.

Enrabiado, intenté ahora forzar la ventana, pero no pude conseguir mi propósito. Por un momento estuve tentado de quitarme un zapato y romper el cristal.

Retorné sobre mis pasos, reflexionando. Dentro de mí se debatían dos voces muy distintas. Una me invitaba a largarme, meterme en la cama y dormir calentito. La otra me empujaba a saber qué pasaba con el tal Charles Miller y su silenciosa casita de luces encendidas.

«Vete —me decía la voz más consciente, la precavida, la tradicional—. Ya tienes un asunto entre manos, es aburrido, de acuerdo, pero te proporciona una buena soldada. No necesitas complicarte la vida, Jeff. Anda, déjalo todo como una broma de mal gusto y regresa a casa».

No ganó, como casi siempre. Soy demasiado curioso, independiente, liberal y altanero para que esa pequeña simiente, más fruto de los años adolescentes, colegiales, familiares, se salga con la suya.

Llegué de nuevo ante la puerta de madera noble... y lamenté mucho no ser nada noble con ella. Hurgué con una ganzúa en su cerradura hasta conseguir abrirla. Entonces traspuse por fin el umbral, adentrándome en la suntuosa vivienda.

Digo lo de suntuosa con toda intención. Allí se respiraba todo:

buen gusto, confort, lujo... Lo fui observando conforme avanzaba por ella.

La nota disonante se hallaba en mitad del amplio salón. Un hombre se encontraba despatarrado sobre la costosa alfombra persa, con la pechera de la camisa tinta en sangre y la mirada totalmente vidriosa.

CAPÍTULO III

Me quedé durante unos breves instantes inmóvil como una estatua, perplejo. La verdad es que no esperaba una cosa así. Un hombre muerto.

Reaccioné finalmente pensando si se trataría del tal Charles Miller. Al llegar junto a él, me acuclillé y observé con sumo cuidado sus heridas.

No había que ser ningún lince para saber que la culpa la habían tenido dos balazos. A pesar de la sangre ya reseca, se distinguían claramente los dos orificios. Incluso podía aventurar que los disparos habían sido realizados con una pistola de pequeño calibre.

Le miré bien. Era un hombre moreno, de pelo negro, corto, bien peinado. Frente despejada, nariz roma y boca de labios delgados. Poseía una complexión pícnica y su edad oscilaría entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años. Se hallaba en mangas de camisa, sin corbata, cubriendo sus extremidades inferiores con unos pantalones grises y calzando unas babuchas. Sus manos se encontraban limpias, sin ningún anillo o cosa similar.

Me levanté chasqueando la lengua con fastidio. Aquello no entraba en mis planes y podía complicarme la vida. ¿Qué hacer; salir de allí cómo había entrado... o telefonear a la policía, como mandan los cánones ciudadanos?

Bien. La policía no iba a ser un gran inconveniente. Tenía buenos amigos en ella, de los viejos tiempos en que yo estudiaba en la Police Academy y soñaba con ser un miembro de alguna Brigada de Detectives. Pronto me di cuenta que había que estar sujeto a demasiadas cosas, arbitrariedades e influencias, y me largué con viento fresco. Pero lo hice mucho antes de llegar a enfrentarme con alguien claramente, por eso todavía gozaba de ciertas amistades.

Caminé hacia el teléfono, situado sobre una mesita ratona. Era del tipo góndola. Lo miré un par de veces, aún dubitativo.

Finalmente saqué un pañuelo del bolsillo de mi pantalón y descolgué el auricular sin tocarlo con mis dedos. Comencé a marcar un número que me sabía de memoria.

Estuve durante más de un minuto aguardando que alguien descolgara al otro lado del hilo telefónico. Nada. Corté la línea pensando que ese día le había tocado guardia. Mejor. Así no le sacaba de la cama, no sería una gran molestia, el asunto iba a entrar dentro de su trabajo.

Marqué un nuevo número. Una voz agria me espetó qué quería y yo solicité hablar con el teniente detective Lee Reynolds. Me dijeron que esperara un momento. No me había equivocado. Estaba en Prefectura.

—¿Sí?

—Lee, soy yo, Jeff Loomis.

—¡Hombre, Jeff, cuánto tiempo sin saber de ti! —exclamó jovial

—. ¿Qué hay de tu vida?

—Mi vida va más o menos bien, la del fulano que tengo a mis pies se terminó.

—¿Cómo... dices? —Se atragantó.

—Lamento aguarde la noche, muchacho. Tengo un fiambre para ti.

—Jeff —gimió—, ¿sólo para eso te acuerdas de mí?

Luego su tono de voz cambió por completo y agregó con marcada autoridad:

—¡Dime dónde estás y no te muevas de ahí!

Se lo dije, y sólo me moví lo necesario para curiosear la casita.

No encontré nada especial, tampoco profundicé demasiado, pues quería dejar todo tal como estaba, sin impregnarlo con mis huellas. En el despacho hallé un retrato del muerto sobre la mesa escritorio y eso me hizo suponer que éste debía ser el dueño de la casa y por tanto, con casi toda seguridad, el hombre llamado Charles Miller.

La casita tenía una planta superior y hacia allí encaminé los pasos, más por matar el tiempo de espera que por otra cosa. Un lavabo, un monumental dormitorio, un cuarto de trastos, otro dormit...

Mis ojos se salieron de las órbitas al abrir la puerta de aquel nuevo dormitorio, más pequeño que el anterior, con evidentes toques femeninos en su decorado.

Y era lógico.

Una mujer se encontraba atada a la cama, desnuda y amordazada, gruñendo e intentando moverse como una tigresa enfurecida.

Logré reaccionar al momento, corriendo hacia ella, y sólo durante unos breves segundos, cuando llegué a su lado, me limité a observarla. Era joven, de veinticuatro años a lo sumo, larga melena negra como ala de cuervo, rostro ovalado, muy sensual, de naricilla respingona, ojos color miel y labios pequeños y gordezuelos. Su cuerpo correspondía al de una pletórica lozana hembra, rebosaba curvas y vitalidad, era un salvaje canto a la belleza animal.

Lo único que no me gustó de aquella rápida observación fue el brillo especial de sus pupilas, chispeaban algo antinatural, misterioso, desconocido, que en aquellos momentos no llegué a comprender y que me hizo fruncir el entrecejo, en claro signo de preocupación.

Deseché mis temores, de todas formas, y comencé a desatarla. Poseía una piel fina, cremosa. Todo su cuerpo era pura morbidez. Y conforme sus miembros adquirieron libertad total, empezaron a agitarse, a convulsionarse de una forma extraña. Todo fue aún más asombroso cuando la desamordacé y por su pulposa boca salieron las incoherencias más inimaginables. Si esperaba que al menos me diera las gracias, me quedé con las ganas.

Apenas mi libido se agitó al contemplar aquel cuerpo joven y hermoso retorcerse sobre la cama, en las más raras posturas, mientras sus bellos ojos me miraban de vez en cuando un tanto extraviados, como si anduvieran por otros mundos, con aquel brillo demoníaco diría yo, y de su garganta continuaban brotando palabras sueltas, sin ningún sentido.

—¡Oiga...!

Fue un intento vano por mi parte cogerla por un brazo y tratar de hacerla entrar en razón. Imposible. Era una extraña muñeca dominada completamente por una fuerza superior, interna, que la arrastraba a una situación de casi delirio.

De pronto, un sudor comenzó a envolverla y sus dientes iniciaron un escalofriante castañeteo. Se quedó rígida, balbuceando cosas ininteligibles mientras la baba resbalaba por sus comisuras.

Si hasta entonces toda mi atención se había centrado

únicamente en ella, a partir de ese momento me removí inquieto, hondamente preocupado, por lo que tenía ante mí —y eso que no pensaba en lo de abajo— y mi mirada se desparramó por otros rincones del dormitorio.

Gracias a eso mis ojos se fijaron en lo que había sobre la mesita de noche, situada al otro lado de la cama.

De unas rápidas zancadas rodeé el lecho y llegué hasta aquellos objetos.

Ni la pequeña pantalla, ni el reloj despertador, ni el cenicero, nada de eso me importó lo más mínimo. Sólo lo otro. Sólo tenía ojos para la jeringuilla, el diminuto frasco, la cinta de goma... Todo adquirió entonces su cruel significado. Aquella muchacha era una drogadicta, se había inyectado y...

No, había algo que no cuadraba.

¿Cómo explicar que estuviera atada y amordazada? Ella no lo podía haber hecho. ¿Quién? ¿El muerto? Entonces, el asesino no podía ser ella. Otra tercera persona... O bien ella, drogada, le había pegado los dos tiros, pero ¿quién la había atado y amordazado? ¿Dónde estaba el arma, además?

Todo era muy embrollado. Por lo menos así me lo pareció en ese momento.

Le eché otra nueva mirada. Producía escalofríos verla. De momento, ella no iba a poder aclararme nada.

Alguien llamó entonces a la puerta. Pensé en Lee Reynolds. Por si acaso, no fuera a cometer una locura, decidí atarla nuevamente. Nunca se sabe cómo puede actuar una persona en tales condiciones. Ella ofreció un mínimo de resistencia. En sus ojos creí adivinar un refulgir de odio por lo que le estaba haciendo.

Giré sobre mis talones y salí de la estancia. Mientras iba camino de la puerta de entrada de la casita, mi mente era un auténtico caos, un mar confuso, de oleajes encontrados. Un muerto a balazos y una chica drogada hasta la raíz de los cabellos... ¿Quiénes eran y por qué se encontraban en ese estado? ¿Qué relación había entre ellos?

Lee Reynolds era un tipo alto y fuerte como yo, de treinta años de edad. Había hecho una excelente carrera dentro del Cuerpo y ya era teniente detective de la Brigada de Homicidios. Venía resoplando, el ceño fruncido. Detrás de él entraron dos silenciosos y jóvenes detectives, con el rostro somnoliento. Uno de ellos llevaba

un maletín.

Los oscuros ojos de Lee Reynolds se clavaron de inmediato en mí.

—¿Dónde está? —preguntó mientras estrechaba mi diestra—. Lark y Fullerton —me presentó concisamente a sus acompañantes, con los que crucé unos gruñidos—. ¿Cómo ha sido todo?

—Ojalá lo supiera.

—Creí que tú eras el...

—Creíste mal.

Habíamos llegado al salón durante aquel fugaz intercambio de palabras. Los tres se quedaron contemplando al muerto en silencio.

—¿Le conoces?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Muchachos...

Lark y Fullerton también negaron.

—Pero sospecho que debe tratarse de un tal Charles Miller...

—¿Por qué?

—Te explicare el asunto.

—Eso estoy deseando. ¡Fullerton! ¡Lark!

Los dos detectives fueron a la suya, el primero abrió su maletín y comenzó con el peritaje de huellas, el segundo se dedicó a husmear por la casa.

—Me telefoneó un tal Charles Miller. Dijo que tenía un caso urgente que encargarme. Me citó aquí. Vine y por más que llamé, nadie me abrió la puerta. Vi luz en el interior, me escamé y decidí entrar a echar un vistazo.

—La ganzúa, ¿eh?

—Sí. Espero que no me lo tengas en cuenta.

Lee hizo una mueca, solamente.

—¿Qué más?

—Encontré esto y...

—¡Teniente! —Escuchamos un ladrido que procedía del piso superior.

Lee me miró fijamente.

—Y lo de arriba —agregué, con media sonrisa.

—¿Qué ocultas, Jeff?

—Nada.

—¡Teniente! —repitió la voz de Lark.

—Vamos.

Subimos la breve escalera de caracol y llegamos al dormitorio donde se encontraba la joven. El detective Lark estaba atónito.

—Por lo poco que yo entiendo —comentó— esta chica está atiborrada de heroína. Mire, teniente —señaló la mesita de noche—. Necesita urgentes cuidados médicos.

—Bien. La ambulancia que ya viene para acá se la llevará a ella primero.

Dejó de observar a la joven y me encaró:

—¿Qué significa esto?

—No lo sé, Lee, palabra. Subí aquí como él —señalé a Lark— y me la encontré atada y amordazada, también desnuda. No sé quién es ni qué pinta en todo éste lío. ¿Pudo ella matarle? ¿Luego se drogó o fue antes? Pero ¿cómo fue atada y amordazada? ¿Dónde está el arma del crimen?

—Bonito asunto —masculló Lee.

—¿Qué hago, teniente? —preguntó Lark.

—Libérala y envuélvela en unas mantas.

Mientras el detective obedecía, encontrando cierta oposición en la muchacha, Lee Reynolds comenzó a revisar los armarios del dormitorio.

—Aquí hay ropa que va a su edad y figura —comentó pensativamente.

—Entonces ésta es su casa. Ella vive aquí —dije yo.

—Eso parece.

Lee halló al fin un bolso y revolvió en él. Sacó a relucir un carnet de conducir.

—Sheila Barton —leyó—. 412 Pittsburgh Avenue.

—Esta dirección.

Dejó el bolso.

—Escoja un poco de ropa a voleo y métela en ese maletín —le indicó al detective Lark—. Mucho me temo que, tal como está, necesitará una cura de varios días.

Se acercó de nuevo a mí.

—Bien, Jeff, ¿no tienes nada más que contarme?

—Ya te he dicho todo lo que sé.

—No ocultes pruebas.

—¿Para qué? Ni siquiera tengo cliente a quien proteger.

Posiblemente sea el muerto... y, desgraciadamente, ya no va a poder decirme para qué me quería.

—Desde luego, los apellidos no coinciden: Barton y Miller...

—No necesariamente tenían por qué ser familiares.

—¿Una amante?

Me encogí de hombros.

—Está bien —suspiró Lee.

—Para ti todo —le dije—. No tengo ningún interés en todo esto.

Era verdad. Seguiría con el caso de Melissa Simpson, a cincuenta dólares diarios más gastos. No quería saber nada de follones criminales. Eso quedaba para los policías y los detectives privados de los telefilmes.

La ambulancia llegó. Dos corpulentos enfermeros hicieron acto de presencia y se llevaron a la chica. Nuestra despedida fue una silenciosa mirada. No sé por qué me prometí entonces a mí mismo que me interesaría por ella, que volvería a verla...

Cuando retornamos al salón, ya estaba allí el forense, un hombre semicalvo y menudo, con cara de pajarraco, echándole un vistazo al muerto.

—¿Qué hay, Fairbanks? —le preguntó Lee.

—Muerto. Dos tiros. Un par de horas a lo sumo. Más detalles mañana.

Empleaba un sistema telegráfico para informar. Fullerton y sus polvitos no habían conseguido nada. Lark reapareció chillando lo mismo de antes:

—¡Teniente!

En esta ocasión llevaba unos papeles en la mano.

—¿Sí?

—Ya tengo los datos del muerto. Encontré esto en un cajón de su despacho. En efecto, se llamaba Charles Miller, y era propietario de una agencia de modelos, la «Constellation».

No me desmayé de puro milagro.

CAPÍTULO IV

—¿No me dijiste anoche que no te interesaba en absoluto el asunto? —exclamó Lee Reynolds, poniéndose en pie, detrás de la mesa de su pequeño despacho.

Yo había aparecido por allí a la mañana siguiente con cara de no haber pegado ojo el resto de la noche.

—Bueno, quería interesarme por la chica...

Ésa era una forma de introducirme. Desde que supe quién era exactamente el muerto no había dejado de darle vueltas al caso, una y otra vez, hasta casi volverme loco. Primero había pensado en charlar extensamente con mi cliente, Frank Parker, pero me dije que no era conveniente alarmarlo sin antes saber cuál era el terreno que pisaba. ¿Tenía todo aquello relación con Melissa Simpson o era una casualidad?

—¿Tanto le impresionó?

—La verdad es que sí.

Y no le mentía. El recuerdo de Sheila Barton no había podido borrarlo de mi mente.

—Ha sido internada en un Centro de Rehabilitación de Drogadictos.

—¿Habéis podido sacarle algo?

—El doctor encargado nos ha rogado que esperemos al menos hasta mañana. Cree que ya estará en condiciones de responder a algunas de nuestras preguntas. De todas formas, ya sabemos cuál es su relación con el muerto.

—¿Ah, sí? —Tomé asiento, sacando un pitillo y encendiéndolo. No le ofrecí porque sabía que no fumaba.

—Era su sobrina. Hija de una hermana del muerto.

—Ajá. Así se explica lo del apellido.

—Y eso es todo, Jeff.

—¿Me estás despidiendo?

—Tengo trabajo.

—Pensé que podía ayudarte. Estoy libre.

—¿A qué se debe este cambio? —Sus ojos me miraron con una fijeza que a punto estuvo de ponerme nervioso.

—La chica, ya sabes. Me gustó. Quisiera hacer algo por ella. Supongo que se verá metida en el asunto, una vez se recupere. Si pudiera hacer algo por ella...

—Ya nos encargaremos nosotros.

—¿Del forense has sabido algo?

—Nada nuevo. Dos impactos mortales en el pecho. Ninguna otra señal de violencia.

—¿Balística?

—Balas del calibre 32.

—¿Alguna otra cosa?

—Pero ¿qué es esto? —estalló, indignado—. ¿Quién es el policía aquí?

—Perdona, chico.

Resopló y dijo:

—Sólo me falta informarte que el peritaje de huellas resultó negativo.

—Gracias —sonreí.

—¿Algo más, Marlowe? —preguntó, irónico.

—¿Y la familia de la chica? ¿Habéis dado con ella?

—No tenía más familia que su tío, por eso vivía con él.

—¿Y otros familiares por parte de él?

—Ninguno.

—¿Habéis averiguado algo entre la vecindad?

—Apenas hay vecindad en esa zona. Es una nueva urbanización y los chalets, la mayoría, están vacíos. Por ejemplo, los más próximos al de Charles Miller.

—Ajá. Por tanto, nadie escuchó los disparos.

—Sí... caso de que se hicieran sin tubo silenciador.

—Comprendo.

Me levanté y apagué la colilla en el cenicero de cristal que había sobre la mesa.

—¿Vas a algún sitio? —le pregunté, pues él continuaba de pie.

No respondió al momento. Le vi inspirar con fuerza, dubitativo.

—Tengo que investigar más sobre Charles Miller —dijo al fin,

soltando el aire—. Voy a trasladarme a la agencia de modelos de su propiedad.

—Bueno, yo...

—No sigas, Jeff —alzó una mano con gesto de resignación—. Ven y calla.

Sonreí.

Fuimos en mi coche. Yo, antes, tuve el cinismo de preguntarle la dirección.

—Espero que algún día te acuerdes de mí para tomar unas copas, invitarme a cenar o irnos de juerga por ahí —me dijo por el camino—. Sólo te acuerdas de mí por mi relación profesional...

—Las ocupaciones —me excusé.

—Sí, esta vida es un asco. Estamos agobiados por el trabajo. El stress nos mina día a día...

Por la Nostrand Avenue salimos a la Saratoga Avenue y luego bajamos hacia Eastern Parkway. Tuvimos suerte con el aparcamiento, encaminándonos seguidamente hacia el «Castle Building», una mole impresionante que se levantaba cerca del cruce con Pitkin Avenue. Aquella zona del East New York ya no era la misma que utilizara Irving Shulman para marco de su novela Hijos de la calle. Había llovido mucho desde entonces.

La Constellation Agency ocupaba toda la planta cuarta. La noticia de la muerte del jefe ya había llegado hasta allí y se respiraba un ambiente tenso, de intriga. Lee Reynolds mostró su credencial y así llegamos hasta el despacho de la encargada general, hasta ahora directamente a las órdenes del asesinado Charles Miller.

Era una mujer que ya había rebasado la treintena y se acercaba peligrosamente a esa edad en la que son precisos kilos de maquillaje para ocultar las arrugas y demás defectos que van apareciendo en el cutis, porque el tiempo no perdona, cosa que todavía no han comprendido ciertas señoras. Vestía con cierto aire juvenil, muy escotada, aunque tal vez lo mejor en ella eran sus piernas. En honor a la verdad hay que reconocer que eran casi perfectas, de exquisito trazado.

Respondía al nombre de Helen Forbes, poseía un cabello rubio oxigenado, unas largas, rizosas y postizas pestañas y sus labios tenían lo menos dos dedos de *rouge*. Sus ojos eran de un color azul pálido.

Parecía enérgica.

—Todo el mundo está anonadado por lo sucedido al señor Miller —nos explicó, tras las prestaciones de rigor.

Ella ocupaba un sillón giratorio, teniendo delante una mesa llena de fotos, recortes de revistas y papeles. Lee Reynolds y yo habíamos tomado asiento en sendas butacas.

—Sí, claro —cabeceó Lee—. Supongo que usted lo vería ayer, señorita Forbes.

—En efecto.

—¿Qué me puede decir de su estado de ánimo? ¿Le hizo algún comentario que pudiera echar un poco de luz al asunto?

—La verdad es que su comportamiento fue el de siempre, cordial y activo. En ningún momento, que yo recuerde, habló de algo que le preocupara.

—¿Alguna cita?

—No sé...

Helen Forbes jugueteaba constantemente con un bolígrafo, como si estuviera nerviosa por algo. Tal vez fuera nuestra visita, u otra cosa.

—¿Qué más me puede contar del señor Miller?

—Pues... era un hombre muy trabajador, muy entregado a su labor. Estaba al tanto de cuánto acontecía a su profesión. Realizaba numerosos viajes...

—No me refería a eso exactamente —la interrumpió Lee—. Preferiría saber sobre su trato con sus empleados, sus posibles rivales o enemigos profesionales, también los personales, cuáles eran sus amistades...

—Oh, la verdad es que de esto último poco puedo hablarle. El señor Miller era muy callado en ese aspecto. Nuestro trato era sobre todo profesional. Y mi opinión personal es que se llevaba espléndidamente con sus empleados, sobre todo las mujeres. Él era soltero...

—Ya. ¿Alguna preferencia?

—Le gustaban todas. Desde luego, puede interrogar a cuántos empleados quiera...

—¿Y de sus enemigos o rivales?

—Bueno, yo creo que no tenía ninguno. Ésta es una agenda de modelos solvente, con categoría, al menos dentro de Brooklyn, y no

creo que tengamos rivalidad ninguna, tampoco enemigos. Realizamos nuestra labor honesta y honradamente, tenemos numerosas ofertas y si hay alguien envidioso, yo no le he visto dar la cara, no le conozco.

—Entiendo.

Fue entonces cuando decidí terciar:

—¿Y qué hay de las relaciones del señor Miller con su sobrina Sheila Barton?

—Sí —asintió Lee—. Díganos qué sabe usted.

Helen Forbes dejó en paz su bolígrafo, entregándose ahora a la tarea de ordenar unos papeles. Habló sin mirarnos, como si la cosa le produjera desprecio:

—Cuando yo conocí al señor Miller, es decir, cuando empecé a trabajar para esta agencia, él vivía solo. Fue hace poco cuando murió su hermana, que vivía en el East Side de Manhattan. Aunque él no se trataba en demasía con ellas, su hermana y su sobrina, se hizo cargo de todo, ya que no vivían en una situación muy cómoda, e invitó a la muchacha a ir a vivir con él. Parece ser que la chica se mostró un poco remisa, pero al final optó por aceptar, al menos hasta que acabara la carrera y encontrar colocación. Esto fue lo que él me contó durante varias conversaciones.

—¿Qué estudia la chica? —pregunté yo.

—Medicina, creo.

—¿Y era aficionada a las drogas?

—No lo puedo asegurar. —Helen Forbes nos miró, levantando la vista de los papeles—. Pero no sería de extrañar. Ya se sabe cómo está pervertida la juventud de hoy día...

—¿Y se llevaban bien?

—No lo sé —se encogió de hombros la mujer—. Sólo los vi juntos un par de veces y a juzgar por esos momentos no me parecieron mal avenidos.

—Bien —retomó la conversación Lee Reynolds—. Señorita Forbes: ¿no tiene usted ninguna sospecha por la cual ha sucedido esta tragedia?

—Sinceramente, no, teniente. Es algo tan... sorprendente... ¿Tal vez la sobrina en un acto de locura?

—Imposible. Ella estaba atada a la cama, además de amordazada. Y no encontramos el arma por ningún lado, ni en la

casa ni en los alrededores. Debió haber una tercera persona esta noche pasada allí.

—No logro imaginarme quién.

—¿El señor Miller se dedicaba a otros negocios? —intervine de nuevo.

—Que yo sepa, no. Esta agencia de modelos era su única fuente de ingresos. Y muy saneada, por cierto.

—¿Y no sabe usted de alguna persona allegada a él... íntimamente?

—No —fue su rápida respuesta.

Lee carraspeó.

—¿Podemos interrogar a los empleados?

—Ya le dije antes que sí, teniente.

Yo fui el primero en ponerse en pie. Corría en deseos de ver en su salsa a Melissa Simpson, observarla de cerca, incluso aprovechar la muerte de Challes Miller para tantearla. Estaba con la mosca tras la oreja desde que el detective Lark reveló quién era exactamente Charles Miller. ¿Me había telefoneado éste por mi trabajo para Frank Parker? Y si era así, ¿cómo se había enterado?

Helen Forbes fue quien abrió la marcha. Pasamos por distintos estudios fotográficos, en unos se hacían pruebas con nuevas modelos, en otras ya se estaban realizando trabajos de encargo. Las chicas, los fotógrafos y sus ayudantes, al ser interrogados por nosotros, se mostraron un tanto distantes. Parecía como si muchos de ellos apenas conocieran al muerto, su jefe, y más hubieran tenido relación con otros mandos más directos, como por ejemplo la enérgica señorita Forbes.

—Esto es perder el tiempo —masculló en un aparte Lee Reynolds, fastidiado.

Todos habían tenido una relación lejana, poco íntima, con Charles Miller. Sabían, eso sí, que era un hombre cordial y trabajador, palabras que ya habíamos escuchado en boca de la señorita Forbes, y las chicas agregaban que era muy galante. Pero ninguna se atrevió a confesar que se hubiera ido a la cama con su jefe máximo, al menos que hubiera salido con él en alguna ocasión. Extrañaba un poco que Charles Miller, rodeado de tanta belleza, no hubiera intentado la aproximación con alguna. ¿Era cierto..., o es que preferían ocultarlo para no verse metidas en problemas? Lo

único que parecía interesarles era si la agencia iba a continuar o qué.

En uno de los estudios de trabajo localicé a Melissa Simpson, luciendo unos *pantys*. Las luces de los focos casi obligaban a cerrar los ojos.

—No sólo nos limitamos a facilitar las modelos —nos explicaba Helen Forbes—, sino que también tenemos nuestros grupos fotográficos. Con esto abarcamos un mayor campo. Fue una de las grandes ideas de Charles Miller. Las empresas se dirigen directamente a nosotros y nosotros lo ponemos todo. Incluso tenemos una plantilla de publicidad, que ahora iremos a visitar... Se puede decir con orgullo que la Constellation Agency es algo más que una agencia de modelos, desde luego. Pasen y...

—Espere —dije yo.

—¿Ocurre algo?

—Me gustaría hacerle algunas preguntas más a esa mujer...

—Oh, vamos, no las molesten más. Ya han comprobado que apenas saben.

—Tiene razón, Jeff —apoyó Lee.

—Bueno —me encogí de hombros, no queriendo llamar en exceso la atención y optando por cambiar de táctica—. La verdad es que me ha gustado mucho —silbé—. Tiene un tipo...

—No se equivoca —asintió Helen Forbes, mientras caminábamos por un pasillo iluminado por tubos fluorescentes—. Melissa Simpson es nuestro cuerpo. Su rostro carece de belleza fotogénica. No es una modelo completa.

—Me gustaría ligar con ella —me hice el frívolo—. ¿Está comprometida?

—Es divorciada. Y tiene un niño.

—Oh.

—Pero que yo sepa en estos momentos está libre.

—¿De verdad?

—Eso tengo entendido.

—Singular caso. ¿Cree que yo podría tener posibilidades? ¿O tiene muchos pretendientes?

Helen Forbes se detuvo junto a una puerta de vaivén y me miró de arriba abajo.

—Eso depende de gustos. Y respecto a los pretendientes, no sé

cuál es la vida privada de Melissa Simpson.

Empujó la puerta, dando por finalizada la conversación sobre la modelo. Pasamos al interior y charlamos brevemente con los publicistas, hombres encargados de hacer buenas unas medias, un lápiz labial o una crema de belleza en siete días. Tenían humor, pero sabían muy poco de Charles Miller.

Finalmente Helen Forbes nos acompañó hasta la salida.

—Esperemos que la sobrina de Charles Miller se recupere y diga cuáles son sus planes respecto a todo esto, porque ella debe ser la única heredera.

—Supongo —dijo Lee—. Pero yo deseo su pronta recuperación para saber qué demonios ocurrió anoche en casa de su tío.

El ascensor llegó, nos introdujimos en la cabina y Helen Forbes se despidió con las clásicas palabras del ejecutivo amigable:

—Saben que me tienen a su disposición para lo que haga falta, teniente.

Lee bufó cuando ya bajábamos.

—Tranquilo, chico —le dije.

—Pérdida de tiempo —masculló.

—¿Por qué? —Esbocé una sonrisa—. Hemos visto buenas piernas.

—Tú y tu erotismo barato.

—No tienes humor. Lee.

Salimos a la calle, poco soleada y arrasada por un viento casi gélido.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté, una vez nos acomodamos en mi coche.

—Tendré que esperar —rezongó—, a no ser que aparezca algo sorpresivo. Esa chica...

—Todo lo confías a ella. Imagínate que alguien, el asesino de Miller, la pillara en su estado de crisis y que apenas se diera cuenta de nada. ¿Qué te va a resolver?

—¡No seas gafe, leche!

Sonreí y le di al encendido.

—¿A Prefectura?

—Sí.

Le dejé allí, con peor humor que antes. La prueba de que no se fiaba de mí ni un pelo la tuve cuando asomó la cabeza por la

ventanilla bajada y me advirtió:

—Si se te ocurre continuar en este asunto tenme al corriente, ¿eh?

—Seguro, chico.

Me alejé pensando en muchas cosas y vagué por Brooklyn sin rumbo fijo. No sabía qué hacer. No tenía la suficiente confianza en mí mismo como para decir: «Éste es el paso adecuado. ¿Dirigirme a Frank Parker? ¿O a su exesposa? Pero ¿y si todo era casualidad?».

Casualidad...

Al principio creí que era una casualidad que aquel coche se cruzara en mi camino, en una de las estrechas calles que rodean Greenwood Cemetery. No podía haber escogido lugar más lúgubre para mi paseo.

Luego, cuando los dos tipos que iban en el interior se me vinieron encima empuñando sendas pistolas, supe que la casualidad no era mi amiga.

CAPÍTULO V

Habían escogido el lugar apropiado: nulo tráfico y una media docena de viandantes. Si alguno de éstos se enteró de lo que sucedía, miró hacia otro lado, como mandan las reglas del ciudadano que quiere continuar sobre los dos pies.

En honor a la verdad hay que decir que los dos pistoleros actuaron con gran celeridad, muy sincronizados, sin apenas darme tiempo a reaccionar. Cada uno por un lado, asaltaron mi coche, subieron a él y me clavaron los cañones de sus pistolas en la cabeza.

—¡Siga a ese coche de ahí delante! —me ordenó uno de ellos, el que se había sentado junto a mí, un tipo carirredondo, de ojos pequeños y crueles.

El coche era un «Buick» de color frambuesa que recordaba haber visto detrás de mí en algún instante, pero al que no había prestado mayor atención. Cuando me adelantó y se me cruzó, ya era demasiado tarde, pues los dos fulanos habían brotado de sus portezuelas como galgos.

—¡No intente ninguna jugarreta, o no verá el próximo amanecer! —me amenazó burdamente el otro, alto y delgado, de cabellos rizados.

No repliqué y me limité a conducir. Tomamos la New Utrecht Avenue hacia abajo, primero atravesamos Borough Park y más tarde Bensonhurst, camino de Gravesend Bay.

Cruzamos la Cropsey Avenue y nos introdujimos en un dédalo de callejuelas estrechas y malolientes, de solares en estado semisalvaje, llenos de basuras, y de abundantes naves que debían servir de almacén a distintas empresas.

Justo en una de estas naves, cuyo portón estaba abierto de par en par, entramos.

Detuve el coche tras el otro. El conductor del «Buick» descendió y se acercó. Era un fulano corpulento, de nariz, torcida y ojos

abultados.

Abrió mi portezuela y ordenó:

—¡Baja!

Lo hice como un buen chico. Los otros ya habían bajado también, éstos sin desprenderse de sus pistolas.

—¿Le habéis registrado?

—No —respondió el carirredondo.

—¡Idiotas!

—Pero si lo llevábamos bien dominado...

—Y las manos las tenía al volante —agregó su compinche, el de cabellos rizados.

—¡Tú! —Me dio un empujón Nariz Torcida, quien parecía ser el jefe.

Me lanzó contra el morro de mi coche, obligándome a apoyarme con las manos y a separar las piernas. Me cacheó con mucho estilo, sacando por fin a relucir mi revólver calibre treinta y ocho. Una pequeña joya que suelo llevar encima por si las moscas.

—¡Idiotas! —volvió a repetir.

Los otros no replicaron, aguantando estoicos el insulto. Nariz Torcida me empujó una vez más, esta vez hacia el interior de la nave. Apenas había allí unas cuantas cajas desperdigadas, unos bidones y varios anaqueles completamente vacíos. Llegamos a una zona semioscura, de la que se veía el nacimiento de una escalerilla de hierro que debía conducir a algún lado que no fui capaz de distinguir. Allí la oscuridad era absoluta.

Me pregunté una vez más qué diablos significaba todo aquello, quiénes eran aquellos tres pistoleros, por qué me habían raptado a punta de pistola, qué querían de mí... Para averiguar todo eso había que seguirles la corriente, al menos de momento, y no sólo porque uno lo quisiera, sino también porque los muchachos no eran muy descuidados y los cañones de las pistolas apenas se desviaban de mi cuerpo.

Durante aquel breve espacio de tiempo había tenido tiempo para repasar in mente, rápidamente, todas las buenas y las malas obras que había hecho a lo largo de las últimas semanas. No creía tener ningún enemigo, al menos ningún enemigo que me odiara tanto como para contratar a aquellos tres tipejos armados y con cara de asesinar a su madre por un centavo. Por tanto, lo que estaba

sucediendo debía tener relación con...

Entonces sonó el chasquido de unos dedos. Parpadeé, sorprendido, saliendo de mi abstracción y dándome cuenta de que aquel sonido no había brotado de ninguna de las manos de los pistoleros.

«Venía de arriba».

No pude pensar más porque en ese instante Nariz Torcida se guardó mi revólver, vino hacia mí, me cogió por las solapas del gabán y me aplastó contra uno de aquellos anaqueles vacíos, de puro metal.

Los omoplatos y la columna vertebral se me resintieron. Resoplé.

—Esto es sólo una advertencia —me enseñó sus sanos y fuertes dientes de lobo, en una mueca feroz—. Si te resistes a hablar, recibirás mucho más.

Nariz Torcida era un fulano agradable y simpático. Para rematar sus palabras me hundió el puño derecho en el estómago, yo me doblé instintivamente y él entonces me agarró de los cabellos con la zurda y tiró hacia arriba.

No pude evitar que las lágrimas me saltaran de los ojos, mientras las fauces se me abrían angustiadas, buscando afanosamente aire.

—Creo que ya está en forma —se separó de mi Nariz Torcida, muy sonriente.

Yo me apoyaba en el anaquel, hecho un pingajo. «Malditos hijos de hiena...», me dije.

Los misteriosos dedos volvieron a chasquear desde arriba. Estaba claro que alguien se encontraba al final de la escalerilla de hierro, oculto en las sombras. Era un singular director de orquesta.

Entonces vinieron las preguntas.

—Tu nombre —exigió Nariz Torcida.

—Jeff Loomis.

—Profesión.

—Agente de seguros.

Nariz Torcida soltó un taco, vino hacia mí y me puso la cara del revés de un cruzado.

—¡No mientas! —rugió—. ¡Detective privado, eso es lo que eres, un cochino pesquisa!

Ajá. Estaba claro que ya sabían cosas de mí y que las primeras

preguntas eran sólo para tantearme, para probarme. Convencerme de ello me costó un punzante dolor de cabeza, y durante unos instantes la vista se me nubló.

—¿Qué haces?

—Trabajo.

—¡En qué consiste tu trabajo! —se exaltó, a punto de venir de nuevo hacia mí.

Los otros dos permanecían muy callados y silenciosos, observando la escena atentamente, sin dejar de apuntarme con sus pistolas. La persona oculta arriba continuaba sin decir ni pío.

—Investigaciones privadas, ya deben imaginarlo —contesté—. Pero cosas de poca monta. Infidelidades conyugales, hijos rebeldes que escapan de casa, vigilar conductas de empleados..., nada relevante.

—Eso es lo que dirá tu propaganda. Lo que nosotros queremos saber es en qué trabajas en la actualidad.

Vacilé.

—¡Responde!

Me humedecí los labios con la lengua y dije:

—Eso es secreto profesional.

—¿Quieres que te vuelva a atizar, imbécil?

—No.

—¡Pues contesta!

—Vigilo a una mujer —decidí al fin contestar.

—Melissa Simpson, ¿verdad? —Nariz Torcida era muy impulsivo y se me adelantó. Yo sonreí para mis adentros. Eso demostraba que sabían mucho más de lo que querían hacerme creer.

—Sí.

—Bien —exclamó Nariz Torcida, sorprendiéndome con su posterior confesión—: Hasta aquí es donde más o menos sabemos, pero queríamos que lo reconocieras. Ahora nos vas a explicar la segunda parte.

—¿Qué segunda parte?

—¿Por qué vigilas a Melissa Simpson y qué hiciste con Charles Miller?

Les miré fijamente, preguntándome cuál era su relación con los nombrados.

—Es muy sencillo de responder —forcé una sonrisa—. Un cliente

me ha encargado que vigile los movimientos de Melissa Simpson y respecto a Charles Miller sólo sé que me telefoneó, acudí a su casa y me lo encontré fiambre. ¿Satisfecho?

—¡No!

—No sé, más.

—¡Te voy a destrozar la cara, pesquisa!

—Un momento —detuve sus pasos hacia mí—. No he dicho más que la verdad.

—Aclaremos mejor lo de Melissa Simpson... para empezar.

—Está bien, está bien —no deseaba ya más golpes que me dejaran en completa inferioridad, sospechaba que aquellos tipos no iban a dejarme vivo para que yo luego pudiera reconocerlos en los libracos de los archivos policiales, y debía ir pensando en la posibilidad de escapar y así salvar el pellejo—. Yo no le veo tanto misterio al asunto. El exmarido de ella me contrató para que vigilara su conducta.

—¿Por qué?

—Quiere tener a su hijo a su lado. Mi trabajo consiste en saber si ella lleva una vida amoral y poco modélica. Si eso se demuestra y se lleva ante un juez, el padre puede conseguir la custodia de su hijo. No es ningún asunto del otro mundo, los hay así a puñados.

—Ya —se quedó pensativo Nariz Torcida.

Desde arriba sonaron en esta ocasión dos consecutivos chasquidos de dedos.

—Bien —agregó Nariz Torcida—. Pasemos a lo otro. ¿Qué sabes de Charles Miller?

—Lo he dicho antes ya. Me telefoneó y me citó en su casa. Cuando llegué, me lo encontré tumbado sobre la alfombra de su salón, con dos balazos en el pecho.

—¿Tú no lo mataste?

—¿Por qué? Podía ser un nuevo cliente. Además, la policía no me ha detenido. ¿Es que sois idiotas?

—Tú puedes ser muy listo.

—No lo creas.

—¿Viste al asesino?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro, tigre.

—¿Y de su sobrina qué sabes?

—Ella... pues...

—Vamos, escupe.

—Estaba arriba, en su dormitorio, atiborrada de heroína. Alguien la había atado a la cama y amordazado.

—¿No pudo ser ella?

—No creo.

—¿Ha hablado?

—Que yo sepa, no. Está en tratamiento médico.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¡No mientas!

—¡Juro que no lo sé! —insistí, y decía la verdad.

—Tú has estado con la policía esta mañana...

Me había vigilado muy bien.

—Sí —reconocí.

—¿De quién sospechan? ¿Saben algo?

—Están en blanco. ¿A qué viene todo este interés, queridos amigos?

—Tú aquí sólo contestas. Las preguntas las hacemos nosotros. Y me parece que ya las hemos hecho todas, ¿no?

Hubo un instante de silencio. De pronto, los chasquidos de dedos volvieron a sonar claramente. En esta ocasión aumentaron en una unidad, fueron tres.

Nariz Torcida sonrió de una forma que me produjo escalofríos. Creí adivinar lo que significaban aquellos tres chasquidos del misterioso director de orquesta. Había que ponerle el punto final al concierto.

Alcé una mano y dije:

—Esperad un momento.

—¿Qué?

—Hay algo más.

No sabía qué, pero algo se me debía ocurrir y pronto. Las pistolas no dejaban de apuntarme, pensaba a toda máquina tratando de encontrar una vía de escape.

Nariz Torcida se impacientó:

—¡Escupe lo que sea!

Creo que ya he dicho que era un tipo muy impulsivo. Sólo había

que sacarlo un poco de sus casillas para que viniera a machacarlo a uno.

Sonreí con la suficiencia del que guarda un as en la manga y cree tener el mejor juego. Chasquéé ruidosamente la lengua y dije:

—Antes tenéis que ofrecerme totales garantías de que voy a salir de aquí... vivo.

—Tienes nuestra palabra.

—Vuestra palabra vale lo mismo que un cubo de mierda.

—¡Maldito!

Hizo intención de venir a darme un mandoble, pero se quedó a medio camino.

Lástima. Yo ya me encontraba bastante recuperado y esperaba el momento de entrar en acción.

El misterioso director de orquesta se puso un poquitín nervioso. Ahora batió palmas, un par de veces, supongo que exigiendo rapidez y métodos expeditivos.

—En casa del tal Miller encontré algo completamente desapercibido para la policía —mentí con mucho aplomo, para interesarlos más—. Es algo realmente importante, una buena pista para dar con el criminal.

Debían hallarse bastante desesperados, creo que incluso desorientados por los sucesos acaecidos la noche anterior, y eso les llevó definitivamente a no meditar demasiado en mis palabras y precipitarse.

Nariz Torcida dijo:

—Muchachos...

Los silenciosos de las pistolas se alertaron aún más, si eso era posible.

Nariz Torcida vino hacia mí como en la primera ocasión, pero con la salvedad de que ahora yo no era el tipo dispuesto a aguantar. Ya sabía para qué me querían, cuál era la avispa que les picaba, aunque no exactamente qué tenían que ver en el juego. Pero si pescaba al de arriba...

La mejor defensa es un ataque, ya lo dicen. Por eso siquiera esperé a que se me acercara totalmente. Súbitamente le salí al paso, tomándole por un brazo y tirando hacia mí.

Nariz Torcida escupió una obscenidad por su boca y quiso resistirse, pero yo había puesto todos mis músculos en acción,

sabiendo perfectamente lo que me jugaba en el envite. Los silenciosos en seguida «hablarían».

No me equivoqué. Los tipos, al observar mi movimiento, jalaron el gatillo instintivamente. Una ristra de disparos sacudió la amplia y vacía nave.

El cuerpo de Nariz Torcida me sirvió para lo que yo quería: como escudo. Las balas impactaron en él con sordo ruido y el matón aulló locamente. Mientras, mi diestra ya buscaba en el bolsillo de su chaqueta, al tiempo que la otra mano le sujetaba por el cuello para que no se viniera abajo, pues rápidamente se convirtió en un pesado fardo que si lo soltabas, se derrumbaba. La vida ya no tenía nada que ver con él.

—¡Le hemos dado a Buck! —exclamó espantado uno de los hasta ahora silenciosos.

Para ese entonces yo ya había empuñado mi revólver, robado del bolsillo de Nariz Torcida.

Me encontraba con la espalda apoyada contra el anaquel, el cuerpo del tal Buck encima de mí... y los otros ya iban a reaccionar, dispuestos a barrer el lugar donde nos encontrábamos el muerto y yo con la esperanza de que alguna bala me alcanzara.

Rechiné los dientes y comencé a disparar. Mis primeras balas se cruzaron con las de ellos, pero luego ya sólo mi revólver siguió organizando el trágico ruido.

Eran blancos fáciles. El del pelo rizado cayó hacia atrás, con los brazos en cruz, mientras su compinche de ojillos crueles chillaba como una rata, se encogía sobre sí mismo y caía poco a poco, como a cámara lenta.

Todo terminó rápidamente. Apenas habían transcurrido unos segundos, aunque al relatarlo parezca otra cosa.

Solté a Nariz Torcida, convertido en un auténtico colador, y sin pensármelo mucho corrí a todo gas hacia la escalerilla de hierro.

Subí casi a ciegas, un tanto temerariamente, el revólver listo para cualquier emergencia.

Emergencia. Eso era. Una salida de emergencia.

Llegué a un rellano, cerrado por una barandilla en dos de sus cuatro lados. Los otros dos correspondían a la escalerilla y a una puerta.

Por supuesto, en el rellano no había nadie. Abrí la puerta y la

luz del mediodía casi me deja ciego. Unos peldaños de piedra conducían a la acera. La calle era ancha y algo concurrida. ¿Dónde estaba el misterioso director de orquesta?

Mascullé algo por lo bajo, fastidiado. Y guardé el revólver para no llamar en exceso la atención. Volví al interior, dispuesto a tomar mi coche. Por unos instantes me detuve en el rellano, apoyado en la barandilla.

Olfateé como un perro husmeador.

Aquello era perfume. Comprendí entonces por qué no hablaba el misterioso director de orquesta. Era una mujer.

CAPÍTULO VI

Esta vez decidí no dar aviso a la policía. Lo sentía por Lee Reynolds, pero no quería verme sometido a su presión, a sus interrogatorios, máxime cuando apenas sabía de qué iba la maldita cosa.

Sólo sabía que estaba involucrado, que había conexión entre mis pasos tras Melissa Simpson, la llamada de Charles Miller y el rapto de que había sido objeto por parte de aquellos tres sicarios. Estaba involucrado en un asunto que desconocía, eso era lo más grave. Y lo que me inquietaba. Y lo que me iba a hacer actuar por mi cuenta y riesgo.

Había conducido hasta un rincón discreto de Dyker Beach Park y allí, sin moverme del coche, fumando un cigarrillo, meditaba acerca de todo.

Las preguntas de Nariz Torcida danzaban una y otra vez por mi cabeza, buscando un orden, una congruencia, una pista. Si ellos conocían mi existencia, es porque ellos también vigilaban a Melissa Simpson; no se me ocurría otra explicación. ¿Por qué? Ni idea. Tenían también interés en el crimen de Charles Miller, si sabía quién era el asesino, si la policía ya sospechaba de alguien... ¿Por qué? ¿Porque ellos eran los asesinos o porque querían locamente al asesino? Y también estaba la sobrina drogadicta, para terminar de completar el cuadro. ¿Qué pintaba en todo ello? También habían mostrado interés por saber dónde se hallaba. ¿Qué querían de ella?

Terminé el cigarrillo sin haber conseguido aclarar mis ideas. Un formidable maremágnun llenaba mi mente. Le di un golpetazo al volante, cabreado.

¿Por qué me tenía que suceder a mí una cosa así? ¡Hacía siglos que no había tenido que disparar ni matar a un hombre! Y todo por un vulgar caso de matrimonio divorciado. Pero debía haber algo fuera de lo vulgar. ¿Qué?

Consulté mi reloj de pulsera. Decidí que era una estupenda hora para almorzar, sobre todo y después de los golpes recibidos, para hacerlo como un pachá y además gratis. ¿Por qué no dejarme caer por el Ditmas?

El *maître* del restaurante, nada más verme, se me acercó con una solícita sonrisa dibujada en los labios.

—Señor...

—¿Ha venido hoy por aquí el señor Parker? —le pregunté.

—Sí, señor. Le acompañaré hasta su mesa.

Fui tras él.

Frank Parker despachaba en aquellos momentos un excelente *rosbeef*.

—Hola —dije.

Levantó la vista del plato y parpadeó, un tanto asombrado por mi presencia allí.

Tomé la carta del *maître* y me senté.

—¿Cómo usted por aquí? —me preguntó, reaccionando—. ¿Ha dado ya con algo?

—Las cosas se han complicado mucho, señor Parker.

—¿Qué quiere decir? —Tomó el vaso de vino y se lo llevó a los labios.

—Han asesinado al jefe de su esposa y yo he tenido que matar a tres hombres —le solté de sopetón.

Se atragantó. Dejó el vaso sobre la mesa con mano temblorosa y se llevó la servilleta a los labios y la barbilla para limpiarse el vino que le goteaba.

Observé sus ojos. Parecían salirse de las órbitas. Su piel había tomado el color de la cera. Por un momento tuve miedo de haberle producido un corte de digestión.

—E... explíquese, por favor —me rogó con una voz débil, de anciano con un pie en el otro barrio.

Dejé la carta a un lado y hablé:

—Anoche me telefoneó un tal Charles Miller. No sabía quién era. Quería proporcionarme un asunto. Fui a su casa y me lo encontré muerto a balazos. Después supe que era el dueño de la Constellation Agency... para la que trabaja su exmujer. Y ahí no han parado las casualidades. Hace unas horas tres tipos me raptaron a punta de pistola y me estuvieron interrogando sobre su exesposa, el asesinato

de Charles Miller y una sobrina drogadicta de éste. Todo ello confirma la relación existente entre el asunto que usted me encargó y... y el crimen.

—No... no puede usted pensar que yo... —Estaba verdaderamente consternado, o era un gran actor—. ¡Es casi inaudito lo que me ha contado, señor Loomis!

—Así están las cosas. Y espero por parte de usted una explicación.

—¿Qué quiere que le diga? Son las primeras noticias que tengo. No sé nada de lo que usted me habla.

—Pues usted ha sido quien me ha metido en el follón.

—No... no lo entiendo, de verdad.

—Y no sería de extrañar que todavía continuaran molestándome —dije, pensando en la mujer que había huido de la nave donde había organizado el tiroteo.

—Pero si yo sólo quería saber...

—Eso ya lo sé —le interrumpí, secamente—. Debe haber algo más, señor Parker.

—Por mi parte, le aseguro que no. Le doy mi palabra de honor, señor Loomis.

Le estudié con detenimiento y decidí creerle. Tomé de nuevo la carta.

—Si considera que su vida corre peligro, deje el asunto —dijo el fotógrafo—. No quiero ser responsable de...

—Ahora ya no hay salida, señor Parker. Estoy hasta el cuello. Debo seguir adelante. Supongo que usted estará de acuerdo en seguir abonándome la...

—Por supuesto —se me adelantó—. Tal vez los asuntos de mi exesposa sean más graves —hubo un brillo especial en sus pupilas—. Eso podría beneficiarme para lo que yo busco, lo único que yo busco —recalcó estas últimas palabras—: la custodia de mi hijito Frankie.

Di una cabezada de asentimiento y luego llamé al *maître*. Le dicté una larga relación.

—Cárguelo a mi cuenta, Ritchie —le dijo mi cliente—. Yo ya me voy. Se me ha quitado el apetito.

Se puso en pie, yo también, le estreché la diestra en señal de despedida y se marchó.

—Traígame entretanto un Martini seco —le pedí a Ritchie.

Llegué a casa de Melissa Simpson cuando consideré que ya habría terminado con su trabajo y estaría en ella con su hijo. Un sol enfermizo, que nada calentaba, iba poco a poco ocultándose. La tarde era fresca, con vientos racheados.

Bajé del automóvil y lo primero que vi fue a una majestuosa rubia en la acera de enfrente. Menudo tipo, me dije, fijándome muy mucho en todo lo que tenía. Se hallaba junto a la parada del autobús, supongo que esperando a éste.

Pero yo, en aquellos momentos, no tenía tiempo para dedicarme a mujeres así, en el supuesto de que ellas quisieran hacerme caso. Le dediqué una última mirada, porque valía la pena, y cerré de un portazo mi coche, malhumorado conmigo mismo.

Un amable conserje me indicó el número de la puerta de Melissa Simpson.

5C.

Me abrió ella misma, envuelta en una bata casera, todavía peinada y maquillada. Como bien había dicho Helen Forbes carecía de belleza fotogénica. Su rostro era simplemente uno más, sin nada que lo resaltara. Pero eso sí, su figura cortaba el resuello.

La bata se amoldaba perfectamente a sus curvas, apretando el cordón su cintura. Era de buena estatura, con un busto generoso. Y todo lo demás que yo había podido admirar precisamente esa mañana.

—Creo que nos conocemos —dije por decir algo, forzando una sonrisa.

Estaba allí con el fin de ver si obtenía algo tomando el toro por los cuernos.

—¿Sí? —Me miró detenidamente.

—Esta mañana, con la policía...

—Oh, ya. Entonces es usted policía —tembló un poco su voz.

—Detective —dije sin especificar.

—Bueno, ¿qué quiere?

—Me gustaría charlar unos instantes con usted.

—Está bien. Pase.

Se hizo a un lado, pasé y ella cerró la puerta. Un chaval de nueve años, delgado, de pelos castaños alborotados, apareció como una centella.

—¿Es papi...? —preguntó, para detenerse en seco nada más fijarse en mí—. Oh.

—Hola —dije.

—Buenas tardes, señor —me saludó muy educadamente. Sus ojos me curioseaban como si fuera un objeto decorativo—. Vuelve a tus juegos, Frankie. He de atender a esta visita.

El niño aún me dedicó una última mirada, mucho más especulativa, luego dio media vuelta y desapareció.

—Pase.

La seguí y llegamos a un confortable *living*. Tomamos asiento, no sin antes ella preguntarme si deseaba beber algo. Le dije que no y también le di las gracias.

—Bien, ¿qué desea exactamente?

—Se trata de su jefe. Charles Miller.

La vi removerse inquieta:

—Ya dije que no sabía nada.

—Lo sé. Pero en las últimas horas las cosas se han complicado un poco.

—¿Qué quiere decir?

—Unos pandilleros andan interesados por sus movimientos, señora.

—No... no puede ser.

—Lo es. Tenemos nuestros confidentes. Y también sabemos que están nerviosos por la muerte de Charles Miller.

Pensé unos breves instantes en Lee Reynolds. Si me cogía haciendo este papel, me decapitaba.

—Parece ser que existe alguna relación entre usted y él.

—Yo... yo sólo tenía con él un trato normal, como cualquier otra modelo.

—¿Nunca hubo «algo más» entre ustedes?

—Le aseguro que no.

—¿Ni él le hizo insinuaciones...?

—Tampoco.

—¿Dónde estaba usted anoche, después de las diez?

—Aquí, en casa, con mi hijo. Nos acostamos pronto. El programa de televisión no valía mucho, además hemos de levantarnos temprano, él ha de ir al colegio y yo al trabajo.

—¿Cuál es su actual situación civil, señora? Observé cómo el

niño me confundía con su padre...

—Soy divorciada. Frankie, mi hijo, quiere mucho también a su padre. El aún sueña con que Frank, mi exesposo, y yo nos volvamos a arreglar.

—¿Y no es posible?

—No. Terminamos para siempre. Pero estas cosas son difíciles de explicar a un niño de nueve años...

—Comprendo. Volvamos al caso de Charles Miller. ¿No recuerda nada que pudiera a usted relacionarla con él, alguna conversación últimamente...?

—No, señor. Y de verdad que no entiendo nada de lo que usted ha insinuado. Pandilleros que andan interesados por mí... Qué horror.

Se estremeció, y a mí me pareció que de auténtico pánico. Tenía el presentimiento de que algo ocultaba, pero no sabía cómo sacárselo. Por otro lado, la fuerza bruta no era un método caballeroso, ni tampoco iba conmigo.

Me aventuré entonces por un camino espinoso:

—¿Sostiene usted en la actualidad algunas relaciones sentimentales con alguien? Tal vez ello pudiera...

—No, señor —me cortó rápidamente—. Y aunque así fuera, creo que mi vida privada es sagrada.

—Sí, claro —reconocí, cabeceando—. Pero tenga en cuenta que si ello tiene que ver con un caso criminal...

Ella se puso en pie, muy nerviosa.

—Me parece que ya hemos hablado demasiado, señor detective. Estoy cansada. Por favor...

Era una despedida. La acepté con los labios apretados, pensando que no había ganado mucho.

Más tarde, camino de mi coche, vino a mi mente el ocasional amiguito de ella con el que se había reunido en el motel. ¿Tendría algo que ver aquel poderoso fulano militar? Por un momento pensé en presentarme ante él, pero con toda seguridad me echaría a cajas destempladas. ¿Quién era yo para pedirle explicaciones por su conducta a todo un alto mando militar?

Levanté la vista del suelo y me llevé una gran sorpresa al ver todavía en el mismo sitio a la rubia despampanante. Diablos, qué extraño que aún no hubiera parado un autobús. En esta ocasión

nuestras miradas se cruzaron.

Tragué saliva con dificultad, visiblemente alterado por la observación de aquella explosiva mujer, y me introduje con rapidez en mi coche.

Podía haberme quedado allí, por si acaso a Melissa Simpson se le ocurría salir, pero consideré que no lo haría, puesto que se había desprendido de la ropa de calle.

Conduje hacía mi oficina, reflexionando sobre el embrollo. Llegué allí sin haber alcanzado ninguna clara conclusión. Le eché una buena ojeada a los alrededores, por si descubría la algún tipo con cara de pegarme un susto de muerte. No me pareció ver ningún sospechoso.

Salí del automóvil y entré en el portal. Saludé al portero, al que pregunté si alguien había venido preguntando por mí. Me respondió que no.

Subí arriba y tomé muchas precauciones al abrir la puerta y entrar. Le di al interruptor de la luz, no vi a nadie, suspiré aliviado y me dejé caer sobre una de las butacas.

Durante unos largos minutos no me moví de allí, descansando como un bendito. A la mente me volvió otra vez el recuerdo de Melissa Simpson y su amiguito del motel. No sabía exactamente por qué tenía que pensar tanto en ello. ¿Qué podían tener que ver esas relaciones con el follón en que me encontraba metido? Unos amantes más...

Thomas C. Lyndon, general del Strategic Air Command. ¿Cómo podía saber más cosas de él?

—¡Chispas! —exclamé de pronto, levantándome de un brinco—. ¡Clem Logan!

Logan era un compañero de estudios con el que hice migas gracias a que siempre nos tocaba juntos por ir correlativos en las listas, debido a nuestros apellidos. Sabía que había hecho carrera en el Ejército del Aire.

Tomé mi agenda y busqué afanosamente. Cuando di con su número telefónico, llamé, rogando porque no hubiera cambiado de domicilio. Hacía ya un par de años, lo menos, que no le veía.

Apenas se acordaba de mí e iba de calle porque dentro de una semana se casaba.

—Esto es muy urgente —le insistí—. Además, tal vez no tengas

que investigar y le conozcas. Se trata de un tal Thomas C. Lyndon.

—¡El general Lyndon! —exclamó—. ¿Qué ocurre con él?

—Quiero saber qué clase de tipo es.

—Todo un militar. Un hombre de gran responsabilidad. He tenido la suerte de charlar en varias ocasiones con él. Ocupa un cargo muy importante.

—En el Strategic Air Command.

—Sí.

—Pero lo que más me interesa es su vida privada.

—Hummm...

—Confía en mí, Clem. Esto es puramente confidencial. Me encuentro en un aprieto.

—Tampoco te puedo contar mucho. Es un hombre soltero, muy aficionado a los deportes y... y se dice que también a las mujeres, ya me entiendes.

—¿Sabes si puede estar relacionado con gente del hampa?

—¿Qué tonterías dices? ¡Imposible! ¡No estaría donde está! A toda esta gente la estudian al milímetro y a la mínima sospecha...

Le hice algunas preguntas más, pero no saqué nada en claro. Lo dejé, dándole las gracias y deseándole mucha felicidad en su próximo estado civil.

Mandé al cuerno al general. Un tipo mujeriego que se quería divertir con una modelo. Nada más.

Entonces, ¿por qué ese interés por Melissa Simpson? ¿En qué otra cosa podía estar relacionada?

Fumé varios pitillos, conseguí dolor de cabeza y al final me quedé adormilado en la butaca. Cuando desperté, era completamente de noche. Me fui de la oficina, cené por ahí unas hamburguesas y acabé en casa.

Todo transcurrió normalmente y nadie me molestó. Cuando ya iba a meterme en la cama, dispuesto a dormir siete horas seguidas y a olvidarme de todo al menos durante ese lapso de tiempo, sonó el teléfono.

—¡Jeff!

Era mi amigo el teniente.

—¿Qué ocurre, Lee?

—Han sucedido cosas. Quiero que estés alerta por si te ves implicado en ellas... y me tengas al corriente.

Temí ya hubiera tenido noticias de lo ocurrido cerca de Gravesend Bay y lo hubiese relacionado conmigo.

Pero no se trataba de eso.

—Hace una hora escasa un sicario disfrazado de enfermero intentó asesinar a Sheila Barton. Menos mal que ella ya había recobrado la consciencia y se puso a gritar cuando iba a inyectarla. El hombre que había puesto de vigilancia se encargó de él.

—¿Lo habéis cogido? ¿Ha confesado?

—Desgraciadamente, en la pelea, murió.

—¡Maldita sea!

—Pero hay otra cosa.

—¿Qué?

—Aprovechando la confusión del momento, la chica escapó aterrada. No sabemos nada de ella.

CAPÍTULO VII

Por supuesto, ni le conté a Lee Reynolds lo ocurrido en aquella nave abandonada ni dormí bien en toda la noche. El caso era cada vez más complicado. O a lo mejor tan sencillo que no lo veía.

Decididamente, por la mañana, opté por no ocuparme de lo que me había encargado mi cliente. Es decir, me despreocupé de Melissa Simpson.

Había llegado a la conclusión de que la muchacha llamada Sheila Barton sabía algo y por ello aquellos tipejos que maté habían mostrado interés por ella. Con toda seguridad la misteriosa mujer había hecho averiguaciones, hasta dar con el Centro de Rehabilitación donde se encontraba la joven y allí había enviado a un nuevo sicario.

Otro problema: ¿quién era la mujer que dirigía a los pistoleros?

Me esperaba un trabajo duro. Sólo sabía de la muchacha que era sobrina de Charles Miller y que estudiaba Medicina. Por su edad calculé que debía estar estudiando los últimos cursos. De todas formas, me personé en la Universidad, utilicé mi credencial, llegué hasta secretaría y supe el curso y dentro de éste el grupo al que pertenecía. Un bedel muy atento me indicó el aula en la que dicho grupo estaba recibiendo clase en aquellos momentos.

Lo que me proponía era un tiro al azar que podía darme buenos resultados. Era de todo punto lógico que la joven debía temer algunas amistades entre sus compañeros de clase.

Esperé fumando un cigarrillo a que la clase de Patología Médica acabara. Un aluvión de chicos y chicas brotaron por la puerta, tras el catedrático. Me las vi y me las deseé para abarcar al mayor número posible de gente, preguntando acerca de Sheila Barton.

—Yo la conozco —me dijo por fin un joven pelirrojo, de ojos vivaces—. La policía estuvo aquí poco antes de que empezara la clase. —Vaya, Lee tenía mis mismas ideas—. A mí me resultó

asombroso lo que contaron de ella. Sheila drogándose...

—¿Qué quieres decir?

—La he tratado bastante y sé positivamente que no se droga. Ni siquiera fuma, ni porros ni cigarrillos normales. ¡Eso es una patraña!

—Ya... —murmuré, pensativo. Aquella observación le podía dar un nuevo giro al asunto—. Supongo que ya sabrás que escapó del Centro de Rehabilitación donde se encontraba...

—Sí.

—¿No sabes dónde podría haberse escondido?

—Ni idea, amigo. Eso mismo fue lo que preguntó la policía y nadie supo contestar.

—Pero yo no soy la policía.

—¡Seguro que colaboras con la bofia! —me espetó una chica regordeta.

—Trato de dar con ella para ayudarla —expliqué, aunque con el convencimiento de que nadie o casi nadie se lo iba a creer—. Yo fui quien la descubrió la otra noche en casa de su tío...

—¡A lo mejor fuiste tú quien la drogó, para abusar de ella! —chilló un delgaducho pecoso.

—Sólo sé que corre peligro y que necesita ayuda —dije—. Yo puedo proporcionársela.

—¡Palabrería engañosa!

—¡No nos convences, facha!

—¡Así te pudras, tú y toda tu especie represora!

La cosa comenzó a ponerse hostil y tuve que replegar velas. No tenía nada en especial contra aquellos jóvenes y era del género estúpido seguirles la corriente, enfadarse y acabar a guantazo limpio.

Salí al campus universitario con mal sabor de boca. Tomé asiento en un banco y me quedé contemplando cómo los jóvenes se alejaban.

Algo me llamó de pronto la atención. Observar cómo la chica regordeta que vestía tejanos y una blusa descolorida y tenía aires contestatarios, detenía un taxi en mitad de la calle, casi jugando el tipo, y subía a él precipitadamente.

Fue una corazonada, hoy día aún lo sigo reconociendo, pero en este oficio es preciso muchas veces dejarse llevar por las ideas

súbitas, por muy descabelladas que parezcan. Más vale eso que quedarse a contemplar cómo crece la hierba bajo los pies.

Me dije que una chica así no pegaba con un taxi. Corrí hacia mi auto y salí a todo gas. Dos calles más adelante logré darles alcance.

Nos dirigimos directamente hacia Greenwich Village. En el cruce de Washington Street con Bethune Street, el taxi se detuvo. La chica abonó la carrera y echó a correr hacia un viejo edificio cercano a la línea férrea.

Poco después fui tras ella. No había portero, así que subí las escaleras y llamé en la primera puerta. Llamé en la de enfrente. Se asomó un mozalbete de cara avispada. Le di una descripción de la chica regordeta y me dijo que la encontrarla en el piso cuarto, puerta séptima.

Era el último piso. Pulsé el botón del timbre y me abrió mi perseguida.

—Hola —le dije con una sonrisa—. Soy el colaborador de la bofia.

Se quedó tan atónica que me resultó la mar de sencillo empujar la puerta hacia dentro y pasar. Chasqué dos dedos delante de sus ojos para despertarla.

—No somos tan idiotas como creéis, ¿eh?

Reaccionó cerrando de un portazo. Y chillando:

—¿Qué busca aquí, maldito polizonte?

—¿Elevas la voz para avisarla? —Hice bocina con las manos y grité—: ¡Sheila, no sea tonta! ¡He venido para ayudarla!

El apartamento no era grande. La chica regordeta no opuso resistencia y yo comencé a revisarlo, cuarto por cuarto. Encontré a Sheila Barton sobre el alféizar de una ventana, pensando si debía lanzarse al vacío o no.

Ella giró el rostro y me miró con sus hermosos ojos color miel. Había mucho miedo en ellos.

—No sea loca, Sheila —le dije—. Se romperá las piernas o los brazos, incluso puede matarse. Yo sólo trato de ayudarla.

—¡Me quieren matar! —gritó.

—Yo no. ¿Se acuerda de mí? Fui yo quien la descubrió en la casa de su tío. Y no le hice ningún mal. Llamé a la policía y vino una ambulancia para llevársela y que recibiera asistencia médica. Si no hubiera sido así, posiblemente a estas horas estuviera ya muerta.

—¡Me quisieron matar! ¡Me quisieron matar! —insistió.

—Pero no la policía, ni yo. Desde luego que hay unos extraños personajes por ahí que quieren eliminarla, no se lo voy a negar, pero no sabemos por qué, ni siquiera quiénes son. Tal vez usted pudiera aclarárnoslo.

La chica regordeta había aparecido. De pronto se echó sobre mí, intentando sujetarme.

—¡Ahora, Sheila! —gritó.

—No seas ridícula —la aparté fácilmente de un empujón que la lanzó contra una mesita.

Sheila Barton dudó todavía. Yo comencé a avanzar hacia ella. La regordeta, desde el suelo, adonde había caído tras perder el equilibrio, gritó:

—¡Tírate! ¡Tírate! ¡Yo sé cómo nos tratan!

Me detuve a escasas pulgadas de ella. Le alargué una mano y sólo pronuncié su nombre:

—Sheila...

La miré con toda la sinceridad del mundo. Yo creo que ella advirtió eso en mis ojos y fue por lo que aceptó mi mano y descabalgó del alféizar.

—¡Oh, no, no! —se lamentó la regordeta.

—Si nos ayudamos mutuamente, te prometo que yo te sacaré de este lío, Sheila —la empecé a tutear.

Ella me miró sin decirme nada.

—Confía en mí.

—¡Nos detendrán! ¡Ahora vendrán y nos detendrán!

Me encaré a la regordeta:

—Deja de hacer la lechuga y prepara algo de beber.

—¿No quiere saber dónde está el teléfono para llamar a sus amigos de la bofia?

—No.

Se puso en pie, mirándome como si fuera un bicho raro. Se llevó las manos a los bolsillos traseros de los tejanos.

—A ver si resulta que no es usted un mal tipo, después de todo...

—Anda, saca bebidas, que hemos de hablar, y vamos a instalarnos en un lugar cómodo.

Sheila continuó silenciosa. Sin desprenderse de mi mano,

llegamos al *living* y tomamos asiento en la litera-sofá. La regordeta trajo rápidamente unos refrescos de limón.

—¿Cómo te encuentras, Sheila? —le pregunté, palmeándole cariñosamente la mano que tenía cogida a la mía.

—Bi... bien... —balbuceó.

—Aún está muy floja —dijo la regordeta—. Cuando llegó aquí estaba blanca como la pared. Se metió en la cama y estuvo descansando hasta llegar yo, ahora. Por cierto, aún no sabe mi nombre. Andrea Howard.

—Jeff Loomis. Detective privado.

—Sheila y yo siempre fuimos grandes amigas. Por eso vino a mí.

—Lo entiendo. Pero vayamos al grano. Sheila: ¿por qué quieren matarte?

Ella me encaró para responder:

—Porque el otro día descubrí que Charles Miller no era mi tío, sino un suplantador.

CAPÍTULO VIII

La respuesta me dejó seco. Era algo que no me había pasado por la cabeza. Tomé el vaso que me correspondía y bebí un largo trago.

Ella continuó hablando:

—Mi madre y yo nos tratamos mucho con mi tío. Él vivía en otro mundo, con ideas raras, frívolas, de explotación de la mujer. Antes, cuando venía más frecuentemente por casa, siempre terminaba discutiendo con mi madre. Luego, tras el viaje que hizo al Canadá, sus visitas disminuyeron aún más. Al poco murió mi madre y se empeñó que fuera con él. Como no tenía apenas medios económicos, acepté. Al vivir seguido a su lado, comencé a observar cosas raras en él, pero no hice mucho caso. Incluso algunas veces intentó sobrepasarse conmigo, simulando que estaba bebido, algo chispado, como una gracia inocente. Esto ya provocó que llevara más cuidado y le vigilara con atención. Y el otro día sorprendí una conversación que mantuvo en el despacho de casa con la encargada de la agencia.

—¿Helen Forbes?

—Con ella, sí.

—¿Qué hablaron?

—Ella le amenazó con denunciarle si no le dejaba completa libertad para continuar con el negocio que llevaba con mi verdadero tío.

—¿Qué negocio?

—No llegué a saberlo. Al escuchar aquella revelación me puse tan nerviosa que hice ruido y provoqué ser descubierta. Mi falso tío me propinó una soberana paliza ante la pasividad de Helen Forbes. Luego planearon cómo iban a desembarazarse de mí, sin llamar la atención.

—¿Cómo?

—Fue esa bruja quien le dio esa idea a mi falso tío. Las drogas.

Dijo que la toma de éstas era una práctica muy común entre la juventud...

Creí recordar un comentario parecido delante del teniente y de mí.

—Como yo no era adicta, sería conveniente tenerme atada en casa y todos los días inyectarme varias veces, como cualquier toxicómano. Así, cuando provocara el desenlace final, se observaría que se trataba de una joven con cierta práctica... ¿Entiende?

Comprendía perfectamente la malicia, la cabrona maldad de aquellos seres...

—Durante ese tiempo falté a clase y varios compañeros, entre ellos, Andrea, telefonearon a casa de mi falso tío. Éste se encargó de decirles que me había ido, inopinadamente, a hacer una breve excursión a Vermont. Era la excusa ideal. Luego, cuando regresara, volvería convertida en una drogadicta y una sobredosis pondría final a mi vida. Creo que me quedaban tan sólo un par de días de vida cuando ocurrió aquel inesperado suceso...

—Ése es otro de los puntos que quería hablar contigo. ¿Qué sucedió esa noche en casa de tu falso tío?

—No lo sé. La verdad es que no recuerdo nada. Ni siquiera le recuerdo a usted.

—Ya veo —murmuré desalentado. Bebí otro trago y deposité el vaso sobre la mesa.

Ellas también consumían sendos refrescos de limón.

—Entonces está claro que el culpable de que estuvieras atada, amordazada y drogada, es tu falso tío.

—Sí.

—¿Por qué desnuda?

Ella agachó la mirada.

—Él... bueno, ya le expliqué sus intentos de aproximación... Así se aprovechaba cuando... cuando quería...

—¡Maldito canalla!

—Está bien muerto —dijo ella, por vez primera con un tono de fiera.

—¿No viste, entonces, a nadie más?

—No. Sólo el último día que estuve libre a Helen Forbes.

—Ésa también ha resultado ser otro punto. Vamos a hacerle una visita. Nos aclarará algunas cosas más y luego la entregaremos a la

policía.

—Ella también debe tener mucho interés en que yo no vuelva a ser consciente y pueda hablar.

—Evidente. Pero no acabo de comprender en qué clase de negocios andaban metidos tu falso tío y ella. ¿Por qué suplantar a Charles Miller?

Nos presentamos en la Constellation Agency y fue una sorpresa no encontrar allí ni a Helen Forbes ni a Melissa Simpson, por quien pregunté de pasada. La primera no había acudido al trabajo, la segunda tampoco, pero al menos se había excusado telefónicamente, alegando la consabida jaqueca de siempre.

Obtuve sin ninguna dificultad la dirección de Helen Forbes, pues todo el mundo me recordaba de mi visita acompañando al teniente Lee Reynolds. Helen Forbes vivía en la zona de Shepshead Bay, al sur de Brooklyn.

Por el camino Sheila, quien ya había adquirido mayor confianza conmigo, me contó algo sobre lo que su madre y ella creían se dedicaba su verdadero tío.

—Creo que ya se lo insinué antes: explotación de las mujeres. Vivía a su costa.

—¿Prostitución?

—Sí.

—Humm. No sería mala idea. La agencia de modelos serviría de gancho y tapadera a la vez.

Helen Forbes no vivía nada mal. Ocupaba una casita frente a la playa, rodeada de un cuidado jardín.

—¡Es ahí! —señaló Sheila al ver que continuábamos—. ¿Por qué no se detiene?

—¿No te has fijado en el coche que se encuentra parado junto a la entrada? El tipo que está al volante tiene un aspecto muy característico.

—¿Qué quiere decir?

—Mi breve experiencia en este asunto me hace oler algo feo. Máxime cuando Helen Forbes no ha acudido al trabajo y ni siquiera se ha excusado.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Ya verás.

Doblé una esquina y aparqué en seguida el coche. Descendimos

y entonces le expliqué:

—Tú te dirigirás directamente hacia la casa y entrarás. Yo iré por el lado contrario, leyendo distraídamente este periódico —un New York Times atrasado que llevaba en el coche—, y estaré atento. Si el fulano es lo que sospecho, saldrá a por ti. No tengas miedo. Yo intervendré.

—Confío en usted, Loomis.

—Jeff —le corregí con una sonrisa—. Y no me hables de usted porque me haces sentir horriblemente viejo.

—De acuerdo, Jeff. Confío en ti.

—Eso está mejor.

Le di un cariñoso cachetito en las nalgas y nos pusimos al trabajo.

Sheila Barton realizó perfectamente su cometido, caminando con soltura hacia la vivienda de la encargada de la agencia de modelos. Ni por un momento miró al coche sospechoso. Se detuvo un instante frente a la casa, como si estuviera comprobando si el número era correcto, y luego, con toda naturalidad, se fue hacia el interior.

Yo no me equivoqué en mis sospechas.

El fulano del coche sospechoso, al verla detenerse frente a la vivienda, se removió inquieto. Y cuando después observó su siguiente movimiento, salió como una bala del auto.

Yo lancé a un lado el periódico y corrí hacia él. Le atrapé antes de que pudiera ponerle una de sus cochinas zarpas encima a la muchacha.

El tipo se revolvió furioso. Era joven, de facciones angulosas y pelo cortado al cepillo. Le estampé un puño en la cara, sellándole los labios.

No le gustó. Mientras trastabillaba hacia atrás, echó mano de su funda axilar.

Fue su último error.

Mi treinta y ocho apareció en mi diestra escupiendo fuego y plomo implacablemente. El fulano se vio empujado por las balas, arrasó unos cuantos macizos de flores y finalmente se derrumbó aplastando unos bonitos geranios.

Los disparos se debían haber escuchado en el interior y por tanto había que actuar con rapidez. No presté atención a la impresionada

y asustada Sheila, pasé junto a ella sin dirigirle la palabra y cargué contra la puerta de la vivienda.

Me la llevé por delante y también a un sujeto que ya venía a ver qué sucedía.

Eso me salvó de ser baleado porque el individuo llevaba una pistola empuñada.

Trastabilló, cayó al suelo al perder finalmente el equilibrio y desde allí intentó hacerme el relleno de plomo.

Para ese entonces yo ya estaba listo. La cosa del gatillo me estaba empezando a gustar. La pólvora había llegado a mis venas y me emborrachaba. Apreté un par de veces aquella curva erótica y mortal. Sonaron los estampidos. La cabeza del fulano estalló. El paso quedó franqueado.

Suspiré, aliviado, y luego salté por encima de él. Llegué hasta un espléndido salón-comedor. Allí me encontré a Helen Forbes, semidesnuda y maltrecha, amordazada y atada a una silla. Sus ojos expresaban un gran horror. El tipo que acababa de matar se había estado divirtiendo últimamente, por lo que pude observar, quemándole con la punta de un cigarrillo.

Sheila apareció tras de mí, el rostro muy pálido, hondamente marcada por lo acontecido. Por un momento, al notar su mirada sobre mí, me sentí avergonzado.

Mandé mis sentimientos al diablo y me acerqué a la encargada de la agencia de modelos. Me limité únicamente a desamordazarla. Ella protestó, pidiendo que la desatara también.

—No, hermana —le dije—. Así estás muy bien. Tenemos mucho que hablar y no quiero que te niegues.

Ella ya se había percatado de la presencia de Sheila Barton y el asombro y el miedo se pintaban entremezclados en su rostro. Hundió la barbilla en su pecho.

—La chica me ha contado algunas cosas —le dije—. Pero me faltan otras para completar el cuadro. Espero que colabores.

—¿Qué... qué quiere?

—La verdad. Sencillamente eso.

Giré sobre mis talones para buscar una silla. Al mismo tiempo le hablé a Sheila:

—Haz el favor de vigilar, por si viniera alguien. El lugar es bastante desierto, pero a lo mejor algún buen oído ha escuchado los

disparos.

Sheila obedeció silenciosamente.

Tomé la silla más cercana y me senté en ella a horcajadas, frente a Helen Forbes.

—Espero que tú, hermana, no me obligues a seguir apretando el gatillo —le amenacé, colocándole el cañón de mi chato revólver delante de los ojos.

—No... —balbuceó, aterrada.

—Entonces habla.

El asunto había llegado a un punto que, sin quererlo, la dureza y los malos modales brotaban de mí. Estaba ya dispuesto a todo con tal de llegar al final, cayera quien cayera.

—¿Qué... qué quiere saber...?

—Todo. Desde el principio.

—Por ella... por ella ya sabrá que Charles Miller no era tal, ¿verdad?

—En efecto, Sheila me lo contó. ¿Tú estabas en el ajo o lo descubriste?

—Lo descubrí.

—¿Cómo?

—Yo era la amante secreta del auténtico Charles Miller. Los dos nos entendíamos a la perfección y llevábamos el negocio viento en popa.

—¿Qué negocio?

—El de la agencia de modelos.

—No me engañes, hermana. Tengo entendido que había algo más. Sheila y su madre ya sospechaban, además ella te oyó nombrarlo la noche que os pescó.

—Bueno, no fue una idea nuestra original.

—¿Qué quieres decir?

—Nos llevaron a ella ciertos personajes, siempre interesados por conocer a esta o aquella chica. Entonces pensamos que podíamos aprovechar a las muchachas para realizar otro negocio, el de las prestaciones.

—Eres muy fina hablando —sonreí.

—Ya se sabe cómo son estas cosas. Los hombres están viendo constantemente a estas chicas en las revistas, en la tele, en los rótulos de las calles... Hay algunos que sienten el capricho de... eso.

—Y vosotros facilitabais ese deseo, ¿no?

—Sí.

—Por un precio, claro está.

—Sí.

—O sea, y resumiendo, que tenías montado un bonito tinglado de prostitución.

—Si usted lo quiere llamar así...

—¡Es así como se llama! —Le escupí en la cara.

Ella no replicó.

—Vamos, sigue con lo del falso Charles Miller. Es lo más interesante.

—No hace mucho Charles tuvo que hacer un viaje a Canadá, por asuntos de la agencia. Cuando regresó, ya no era el mismo. El que vino lo sabía absolutamente todo de él, su cirugía estética era perfecta, su forma de comportarse extraordinariamente igual..., pero no se puede engañar a una mujer que lleva durmiendo varios años con uno. El me rehuía, parecía querer poner fin a nuestras relaciones... No tardé mucho en descubrir la verdad, aunque me costó asimilarlo.

—Y se lo dijiste.

—Antes escribí un documento y lo deposité en una notaría. Entonces se lo dije. Fue la noche que la muchacha nos oyó discutir.

—Ajá.

—El aceptó que yo continuara con el negocio de las chicas, en exclusiva.

—Todo para ti, ¿eh?

—Sí. Con una excepción.

—¿Cuál?

—Melissa Simpson.

Me sobresalté.

—Explícame eso mejor.

—Me dijo que Melissa Simpson era cosa suya.

—¿Por qué?

—No quiso darme razones.

—¿Acaso eran amantes?

—No, qué va. Él tenía una espléndida amiga...

—¿Entonces?

—Ya le dije que no me dio explicaciones.

—¿Tampoco sabes a qué se debía esa suplantación?

—En absoluto. Nunca quiso hablar de eso. Yo lo acepté de momento. No quería forzarlo a las primeras de cambio. Podía estallar todo.

—¿Y no llegaste a saber más?

—No hubo tiempo.

—Entiendo.

Hice una pausa. Si por un momento había pensado que con Helen Forbes las cosas iban a quedar todo claras, ahora me estaba dando cuenta que no. El asunto era más complicado, o al menos había algo que no llegaba a adivinar.

—Suélteme, por favor —suplicó entonces ella.

—Nones.

—Le he dicho todo lo que sé.

—Aún no.

—¿Qué más quieren?

—¿Qué pretendían esos dos?

—Aparecieron esta mañana cuando iba a salir para el trabajo. Entre los dos me amordazaron. Uno se marchó a la calle y el otro se quedó conmigo. Quería que le dijera quién había matado a Charles Miller, bueno, al falso Charles Miller.

—¿Y?

—No lo sé. Así se lo dije una y otra vez. Pero no me creía. Entonces comenzó a torturarme. Pero ¿qué podía contarle si no sabía nada?

—¿No llegó a decirte para quién trabajaba?

—No.

—Supongo que tú no pagarías al sicario que intentó matar a Sheila Barton en el Centro de Rehabilitación...

—¡No!

—Pero te convenía que ella muriera y no hablara. Tú eras cómplice del falso Charles Miller.

—Pensaba...

—¿Qué pensabas?

—Pensaba que las huestes de él se encargarían de dar con el paradero de la muchacha.

—¿Qué huestes de él?

—Bueno, cuando una persona es suplantada y además se hace

con tal perfección, es porque detrás hay una poderosa organización. Eso es lo que he meditado durante este último tiempo. ¿No le parece a usted?

Me dije que sí. Era la misma conclusión a la que yo había llegado, sobre todo teniendo en cuenta la aparición de tanto matón contratado.

—Por tanto —continuó ella—, yo permanecí en mi puesto, sin revelar nada a la policía, y esperando a ver cómo se desarrollaban los hechos venideros. Si la cosa se complicaba lo tenía todo listo para escapar en el primer vuelo a Sudamérica.

—Pero esas huestes han venido a por ti —observé—. Estoy seguro que estos que he matado pertenecían a esa organización.

—Claro. Conocían mi relación con el falso Charles Miller, porque me imagino que éste habría informado, y suponían que podía saber algo.

Esto y lo que me había sucedido en la nave cercana a Gravesend Bay me hacía suponer que las huestes del asesinado andaban un tanto desorientadas, dando palos de ciego, tratando de averiguar quién había matado al suplantador.

¿Quién?

¿Y a qué clase de organización pertenecía el falso Charles Miller?

Le transmití a Helen Forbes las preguntas que me atormentaban, pero no me aclaró mucho. A ese respecto ella sabía tanto como yo.

—Desde luego —finalizó—, algún fin debía tener esa suplantación. E importante.

—¿Cuál?

—Ni idea. Pero para hacerse cargo de la agencia de modelos y de la pequeña red de prostitución montada, por mucho que nuestros clientes fueran de élite, no. El falso Charles Miller nunca mostró gran interés por todo ello.

—Pero sí por Melissa Simpson —recordé.

—Eso sí. Fue a la única a la que me vetó. Melissa no es una chica con un rostro sensual, pero tiene un tipo escultural, perfecto. Hay muchas ofertas para ella...

—Ya.

—No sé qué se podían llevar entre manos.

—Me aseguraste antes que no había relaciones íntimas entre

ellos.

—Seguro. Ya le dije antes que el falso Charles Miller tenía una amiguita espléndida. Les vi en un par de ocasiones cerca del edificio donde se encuentra la agencia, al finalizar u el trabajo.

—¿Una modelo?

—No. Apareció casualmente cuando él. No me extrañaría nada que perteneciera también a la organización.

Al oír esas palabras una lucecita se encendió en mi cerebro. Me acordé de la misteriosa mujer que chasqueaba los dedos para dirigir a los matones. Una hembra había metida en el asunto, del lado de esa organización.

—¿Sabes su nombre, dónde puedo localizarla...? —pregunté con cierta ansiedad.

—No.

Solté una maldición.

—Al menos podrás facilitarme una descripción.

Lo hizo. Y yo me quedé completamente asombrado. La descripción coincidía punto por punto con la explosiva rubia que había visto frente a la casa de Melissa Simpson.

CAPÍTULO IX

Descolgué el teléfono y llamé a la policía. Pedí hablar con el teniente Reynolds.

—¿Sí?

—Al habla Jeff.

—¿Qué hay?

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿De qué se trata?

Le di la dirección de donde me encontraba y añadí:

—Lo sabrás cuando vengas y lo veas. Adiós, Lee.

—¡Oye...!

Le dejé con la palabra en la boca.

—¿No irá a...? —comenzó a preguntarme Helen Forbes con temor. No la dejé finalizar. Volví a amordazarla y encaminé mis pasos hacia el exterior.

Sheila se encontraba de espaldas al muerto del jardín.

—¿Algún moro por la costa? —pregunté.

—Nadie.

—Estupendo.

—Jeff...

—¿Sí?

—¿Era preciso todo esto?

—Supongo que no estás acostumbrada a estas cosas. A mí tampoco me gustan. Pero cuando los hombres se convierten en bestias implacables, dispuestas a matar por nada, no te puedes enfrentar a ellos con bonitas palabras, porque eres despedazado. Entonces sale la bestia que uno lleva también dentro, para algo en el fondo somos todos animales, y lanza su grito de supervivencia. El resultado...

Hice una pausa.

—Tal vez a algunos no les guste esta explicación, pero yo veo las

cosas más o menos así.

Le pasé un brazo por los hombros y agregué:

—Vamos. Salgamos de aquí.

—¿Qué has averiguado? —me preguntó, camino del coche.

Se lo conté mientras conducía hacia la vivienda de Melissa Simpson. Comenzaba a sospechar que la jaqueca de la modelo era una burda patraña.

La rubia explosiva no andaba por allí, hubiera sido demasiada suerte. Abandonamos el auto y subimos arriba.

Justo en ese instante la puerta del piso de Melissa Simpson se abrió y ella apareció agitadamente.

—Hola.

Se revolvió como si la hubiera mordido una serpiente. Palideció y dio un paso atrás.

—Usted...

—Yo —asentí—. Tenemos que volver a hablar, señora.

—Ahora... ahora no puedo.

—Podrá.

—Tengo prisa. Me esperan.

—¿Quién?

—Eso no le importa —cerró la puerta—. ¡Déjeme pasar, por favor!

—No.

—¡Organizaré un escándalo! —amenazó sin mucha convicción.

—Puede hacerlo —sonreí—. La policía no tardará en hacer acto de presencia.

—Por favor —suplicó, cambiando el tono de su voz.

—Lo siento, señora. Ya no me voy a andar con miramientos con usted. Quiero hablar largo y tendido con usted y voy a hacerlo.

—En otro momento. Se lo prometo. Pero ahora déjeme marchar. Es importante.

—También es muy importante de lo que hemos de hablar. Vuelva a abrir y entremos. Esto se ha de aclarar de una vez por todas. ¿Conoce a esta señorita?

—No.

—Es la sobrina de Charles Miller.

—Oh.

—La sobrina del auténtico Charles Miller. Porque el Charles

Miller de los últimos tiempos no era Charles Miller.

—¿Qué dice?

—Era un suplantador.

—No... no es posible.

—Usted pertenecía a la agencia desde hace tiempo y realizaba para ella, como otras muchas modelos, servicios especiales, me entiende, ¿verdad? —Sonreí—. Pero de pronto el falso Charles Miller la relevó de eso. ¿Por qué?

Ella me había escuchado atentamente, pero no dio su brazo a torcer.

—Ya discutiremos de eso más tarde. Ahora...

—Ahora pasaremos a su casa, señora. Haga el favor y no me obligue a ser desagradablemente violento.

Me miró fijamente. Adivinó que estaba dispuesto a todo, incluso a cumplir con mi amenaza.

Y reaccionó de una forma inesperada. De pronto rompió a llorar y se arrojó a mis brazos.

—¡Déjeme! ¡Déjeme! ¡Han raptado a Frankie y le van a matar si no les entrego lo que quieren!

Nos encontrábamos acomodados en el interior de mi coche, Melissa Simpson ya más calmada, reconfortada por la gentil y amable Sheila Barton. Yo le había ofrecido un cigarrillo y lo fumaba con fruición.

—Thomas C. Lyndon es uno de los clientes habituales de la agencia —comenzó a explicarnos, sin necesidad de forzarla demasiado—. Un día Charles Miller me dijo que debía dedicarme en exclusiva a él, era soltero y me sería fácil metérmelo en el bolsillo. Me prometió mucho dinero y yo, cegada por el número de dólares, acepté.

—¿Eso fue después de su viaje a Canadá? —La interrumpí.

—Sí. Por el momento no me dio más explicaciones y desde entonces, en vez de atender a varios, como era mi norma, me dediqué sólo al general. Luego supe cuál era exactamente mi misión: sonsacarle cuál y en qué iba a consistir el nuevo proyecto Andrómeda del Strategic Air Command. Ya no podía volverme atrás, Charles Miller me había dado unos cuantos adelantos. Su muerte creí que me liberaba de esa obligación, además cogí miedo, pues temí que fuera descubierta mi implicación con él. Una mujer

me telefoneó al poco y me dijo que nada había cambiado, sólo que ahora la información era más urgente, pues había el peligro, tras el misterioso asesinato de Charles Miller, que la cosa se descubriera. Yo estaba realmente asustada y dije que no quería seguir adelante, por más dinero que me ofrecieran, que mi trato era con Charles Miller y que como él había muerto, quedaba zanjado. Entonces fue cuando raptaron al niño. Ocurrió ayer tarde, después de irse usted. Le envié a la lechería a comprar una botella de leche y ya no volvió. La mujer me telefoneó nuevamente: si le quería con vida, que actuara inmediatamente. Y esta misma noche me cité con el general. Thomas C. Lyndon es un muñeco en manos de las mujeres, toda su dureza y grandiosidad militares se derriten como mantequilla ante unos hábiles manejos femeninos. Puse, por tanto, toda la carne en el asador y... y lo conseguí.

—¿Entonces cómo están las cosas actualmente? —pregunté, aprovechando su pausa.

—No hace mucho le dejé satisfecho como a un animal y me vine a casa a esperar las siguientes órdenes. Quedaron en que me volverían a llamar a mediodía. Lo hicieron poco antes de que ustedes aparecieran. Les dije que ya lo sabía todo y me citaron en un suburbio portuario.

—¿Dónde?

Me lo dijo.

—Pues allí donde vamos a ir —dije resolutivamente, poniendo en marcha el motor.

—¡No quiero que le suceda nada a Frankie! —chilló ella angustiada.

—Nada le pasará —afirmé yo con convicción.

La zona correspondía a Bay Channel, más allá de la 1st Avenue, cerca de los muelles. Había mucho abandono por allí, mucha soledad, mucho silencio. Era un lugar escogido muy a propósito.

Aparqué el coche un poco antes de llegar al sitio exacto de la cita.

—Vaya allá tranquila —le dije, mientras ella apagaba el cigarrillo en el cenicero de la portezuela—. Dé largas al asunto y no empiece a contarles lo que quieren hasta que hayan transcurrido al menos diez minutos. Es el tiempo que necesito para dar un rodeo y llegar hasta allí. ¿Entendido?

Cabeceó, asintiendo.

—¡Animo!

—Tengo... tengo mucho miedo —balbuceó.

—Todo saldrá bien —le di una palmada en la mejilla—. Piense sólo en eso. Es muy importante.

—De... de acuerdo.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Sheila.

—Ve a aquella cabina y telefona a la policía. Diles dónde estamos, rogándoles que pasen aviso al teniente Lee Reynolds, de la Brigada de Homicidios.

—Me gustaría hacer algo más.

—Es suficiente, pequeña.

Los tres descendimos del coche. Compuse una sonrisa de aliento y dije:

—¡En marcha!

Cada uno fue por su lado. Sheila hacia la cabina y Melissa camino de su encuentro con los raptos de su hijito. Yo esperé a ver esta última doblar la esquina. Entonces corrí hacia una calle paralela por la que ella iba en aquellos instantes. Luego tomé una perpendicular y me asomé a una esquina.

Vi cómo Melissa Simpson se detenía ante un viejo almacén, a indicación de un hombre desgarbado. Éste la cacheó y después le arrebató el bolso, registrándoselo. Observé perfectamente cómo le quitaba un revólver. Después pasaron al interior.

De nuevo eché a correr, esta vez buscando la parte trasera de aquella planta. Apenas llamé la atención de nadie porque la zona estaba prácticamente desierta.

Cuando alcancé mi objetivo, alcé la mirada y al poco localicé una claraboya. La pared era de piedra y ofrecía los suficientes huecos y salientes como para intentar la escalada. Si esto no era suficiente, por allí, en mitad de la acera, había varias cajas desperdigadas que podían ser utilizadas, apiladas encima de otras.

Lo conseguí. El ventanal no estaba cerrado y no necesité forzarlo. Lo abrí poco a poco y fui colando mi cuerpo como si fuera un chimpancé de circo. Luego tuve que saltar al vacío y procuré hacer el menor ruido posible.

Me quedé acucillado, con la respiración contenida, esperando algún sobresalto.

No lo hubo.

Eché entonces una mirada en derredor. Se trataba de un abandonado almacén de hierros, planchas metálicas y cosas por el estilo. Reinaba un gran pestazo a herrumbre.

No había mucha luz y tuve que caminar con sumo cuidado. Finalmente me llegó el rumor de voces.

Alcancé una buena posición, casi de privilegio, guiado por mi fino oído. Allí los tenía a todos reunidos, en un claro del amplio almacén. Melissa Simpson, su asustado hijo Frankie, dos tipos desconocidos, uno de ellos el desgarrado, y la rubia explosiva.

Esta última no se andaba con finezas. Cogió al niño por un brazo y se lo retorció hasta hacerle aullar.

—Hable ya, señora —masculló—, o le rompo el miembro a la criatura.

Melissa Simpson se humedeció los labios con la lengua, dubitativa. Su mirada la traicionó, buscándome ansiosamente.

Era igual. Yo ya había empuñado mi treinta y ocho y no tenía ningún inconveniente e dejarme ver.

—¡Esto se acabó, amigos!

La rubia explosiva se quedó tan sorprendida que fue incapaz de reaccionar. Gracias a eso Frankie, el niño, logró escurrirse y escapar de sus garras.

Los dos tipos, por el contrario, creyeron que aún podían hacer algo. Eran fulanos de pelo en pecho, de esos que venden caro su pellejo. Quisieron, pues, hacer uso de sus pistolas.

Tumbé a uno de un balazo en la cabeza y el otro se lo pensó mejor y soltó su arma. El estruendo del disparo produjo un eco muy singular.

La rubia explosiva me reconoció:

—¡Maldito pesquisa!

Les cubría bien con mi revólver. Melissa y el niño se habían retirado a un lado.

—Espero que no me obliguen a derramar más sangre. Tú, desgarrado, sé que llevas otro arma en el bolsillo de la chaqueta —le dije con una páfida sonrisa. Observé cómo sus ilusiones se difuminaban en su rostro huesudo—. Es el de la señora. Sácalo con dos dedos y mucho cuidado.

Lo hizo.

—Tú, tigresa —le dije entonces a la rubia—, acércate.

Fue un gozo registrarla. Juro que nada era postizo en ella. Sólo le hallé una pistolita casi de juguete en el seno. Y su perfume era el mismo que había olido el día anterior en la nave abandonada cercana a Gravesend Bay.

No tuve tiempo para más. Entonces llegaron hasta nosotros, nítidamente, varias sirenas policiales.

—¡Jeff, eres un...!

—Tranquilo, muchacho, no vaya a subirte la tensión. Aquí tienes al resto de la panda. Supongo que esa rubia tendrá cosas muy interesantes que contar.

Los detectives que acompañaban a Lee se hicieron cargo rápidamente del matón vivo y la rubia explosiva, esposándolos. Yo me acerqué a Melissa Simpson en el preciso instante que se agachaba al suelo.

Tomé su revólver.

—Es esto lo que quiere, ¿no?

Nos miramos fijamente.

—Sí —respondió.

Primero observé que se trataba de un calibre treinta y dos, luego se lo alargué.

—Tome.

—Gracias.

Se lo guardó en el bolso, sin que el niño se separara de ella un solo instante. Sheila Barton ya se hallaba junto a nosotros. Lee Reynolds estaba por allí pegando gritos, luego se reunió conmigo y los demás.

—Señora Simpson —le dijo a la divorciada—, me temo que tendrá que acompañarnos.

—Sí —asintió con amargura.

Pensé entonces en Frank Parker, mi cliente. Todo esto le serviría seguramente para obtener su propósito. Melissa Simpson no lo iba a pasar bien, tenía un grado de culpabilidad, saldría a la luz pública su «otro» cometido en la agencia...

El niño se aferraba al brazo de su madre como si fuera una tabla de salvación en mitad del océano. Me miró fijamente, balbuciendo:

—¿Qué va a pasar, señor? Usted... usted nos ha ayudado... Ahora podría...

Mi respuesta fue algo brutal:

—Ahora no podré hacer nada, Frankie. Yo mismo declararé contra tu madre.

La rubia explosiva habló largo y tendido. Ella y el falso Charles Miller trabajaban para una conocida potencia extranjera. La suplantación se había realizado, por supuesto en Canadá. Se quería aprovechar la agencia de modelos de Charles Miller —a la que tenían en observancia desde un tiempo atrás— para contactar, gracias a las chicas, con altos cargos políticos y militares y así obtener interesantes informaciones, bien como medios como los utilizados por Melissa Simpson, bien usando el chantaje con los más duros. Luego, cuando ya consideraran quemado el sistema, desaparecerían. Y surgirían otros con métodos distintos. Así sucesivamente. Era evidente, por tanto, que sólo se había conseguido anular una cédula de espionaje. Otras continuaban en marcha y más estarían en su nacimiento o en proyecto. El espionaje no descansa.

Sobre todo esto, que me acababa de comunicar Lee Reynolds, y el todavía no resuelto asesinato del falso Charles Miller (por cierto, según su amiguita, me había telefoneado esa noche para encargarme un asunto supuestamente urgente y bien remunerado que me alejara, al menos por unos días, de Melissa Simpson, ya que habían observado que la seguía y querían retirarme discretamente de la circulación), meditaba sentado en la butaca de *living* de mi casa, esperando lo que de un momento a otro tenía que venir. Según la última comunicación, no tardaría ni tres segundos en tocar el timbre.

Y así fue.

Me levanté con fondo pesar, todo ya preparado, y caminé lentamente hasta el vestíbulo.

Era una maldita noche a la que nunca hubiera deseado llegar, pero mi condenado instinto, mi sagrado deber, mi obligación profesional, todo me había empujado a ello.

Cuando abrí la puerta, no me llevé ninguna sorpresa. Vi el cañón de un revólver apuntando a mi pecho y también el rostro de un niño que había dejado ya muy atrás la inocencia. Frankie Parker me dijo:

—Adentro, señor.

CAPÍTULO X

Fui obediente, di media vuelta y me encaminé hacia adentro. El niño cerró la puerta y me siguió.

—¿Vas a disparar, Frankie? —le pregunté al encararle.

—Sí, señor.

—Te oirán los vecinos. Esto es un apartamento dentro de un edificio con muchos otros, no un chalet casi aislado, como en el caso del falso Charles Miller.

Actuó con una rapidez insospechada, tomando con la mano izquierda uno de los cojines que tenía sobre la litera-sofá.

—Así hará menos ruido —lo colocó delante del cañón del revólver—. Lo he visto en las películas de la tele.

No era tonto.

—Frankie, vas a perderte...

—Usted quiere perder a mi madre, como también lo quería hacer ese asqueroso de Charles Miller. Me daba perfectamente cuenta de lo que sucedía. Desde que mamá entró a trabajar en esa agencia, siempre iba con hombres, cada vez uno distinto, y yo me quedaba con una niñera, y la posibilidad de que papá y ella se reunieran se hacía más lejana. Tenía que evitar que eso continuara así. Escuché últimamente una conversación telefónica en que ella se negaba, una y otra vez, pero él debió amenazarla y claudicó.

Frankie Parker había manejado datos sueltos a su aire.

Melissa Simpson había ido con muchos hombres, era cierto, pero porque ella había querido, por su ambición crematística. También había existido la llamada telefónica esa que mencionaba y se refería a cuando el falso Miller le habló de lo que realmente tenía que hacer: obtener información secreta de su país.

—Por eso... por eso hice lo que hice —finalizó diciendo.

—Tomaste el revólver de tu madre y te escapaste de casa sin que ella lo supiera.

—Sí.

—Obraste muy mal, Frankie.

—Hice lo que debía —insistió—. Y ahora tengo que matarle para que no sea la perdición de mi madre.

¿Cómo explicarle a un niño de nueve años que su madre no era lo que él creía, que ella misma se había labrado su propia perdición?

—Frankie, suelta ese revólver.

—No, señor.

—Todo esto ha sido una trampa, Frankie.

—¿Qué dice?

—Yo vi ese revólver allá en el viejo almacén y sospeché la verdad. Tu madre no podía haber sido, por tanto, por muy inverosímil que me pareciera, sólo quedabas tú. Por eso fui tan rudo contigo. Creí que ésa era la única forma de poder descubrir la verdad. Obligándote a actuar de nuevo.

—No... no le entiendo, señor.

La puerta que daba a mi dormitorio se abrió. Por ella aparecieron Sheila Barton, el teniente Lee Reynolds y el matrimonio Parker. Estos últimos estaban verdaderamente consternados. Parecían haber envejecido varios años en unos instantes, sobre todo ella.

—¡Papá! —exclamó el niño—. ¡Mamá!

Me había costado mucho traerlos a todos allí, pues nadie quería creer mis sospechas.

—Tu padre salió de casa llamado por mí, para así dejarte mayor libertad de acción. Adrede el teniente Reynolds te dejó las llaves del piso de tu madre, ya que ella iba a ingresar en prisión, para que las guardaras. Tú te trasladaste allí, registraste el bolso, tomaste el revólver y viniste acá. Fue muy fácil sonsacarle antes a tu padre mi dirección.

Frankie miraba a uno y otro progenitor, totalmente asombrado.

—Suelta ese arma, Frankie —dijo su padre.

El niño obedeció al momento, sin rechistar. De pronto, echó a correr hacia sus padres y se abrazó llorando a sus piernas.

—¡Lo hice por vosotros! ¡Lo hice por vosotros!

El caso estaba definitivamente resuelto.

Los problemas derivados de él, de índole familiar, interna, no

eran cosa mía. Cada uno sacaría sus propias consecuencias.

Tomé por una mano a Sheila Barton y salimos de mi apartamento en silencio, dejando atrás una patética, desgarradora escena. Aquella noche la invité a cenar.

Y eso sólo fue el principio de nuestras relaciones.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 35 PTAS.**

Impreso en España

